

ALISON GOLDEN

Grace Dagnall

Autora
superventas
de
**USA
Today**



UN MISTERIO PARA EL INSPECTOR DAVID GRAHAM



El Caso de la
**Bella
Gritona**

ÍNDICE

[Elogios para la serie de misterio del inspector David Graham](#)

[Libros de la serie del inspector David Graham](#)

[Nota del autor](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Epílogo](#)

[El Caso del Amor Oculto](#)

[Capítulo 1](#)

[Libros de la serie del inspector David Graham](#)

[Sobre el autor](#)

[El Caso de la Bella Gritona](#)

[Gracias](#)

ELOGIOS PARA LA SERIE DE MISTERIO DEL INSPECTOR DAVID GRAHAM



"¡Bravo! Absorbente".

"Una lectura muy agradable".

"Es una novela de misterio maravillosa. Buena trama, buena investigación, buenos personajes y excelentes diálogos.

"¡Qué lectura tan espectacular!"

"Estoy enamorada de él y de sus colegas".

"Un misterio estupendo".

"Sin duda, estos libros tienen potencial para convertirse en una serie de la PBS con el simpático personaje del inspector Graham y sus compañeros".

"Una escritura deliciosa que no deja de moverse, nunca un momento aburrido".

"Sé que tengo un libro ganador cuando doy vueltas en la cama por la noche preocupándome por cómo les va a los personajes".

"Me encanta y me encanta la autora".

"Refrescantemente único y muy bien escrito".

"Una prueba sólida de que un libro puede basarse en una buena narración y una buena escritura sin necesidad de sangre o sexo".

"Esta serie es cada vez mejor".

"El inspector Graham es maravilloso y su forma de hacer las cosas de la vieja escuela, encantadora".

"Gran desarrollo de los personajes".

"Me entretuvo todo el día".

"¡Por favor, escribe más!"

LIBROS DE LA SERIE DEL INSPECTOR DAVID GRAHAM



El Caso de la Bella Gritona

El Caso del Amor Oculto

El Caso del Héroe Caído

El Caso de la Muñeca Rota

EL CASO DE LA BELLA GRITONA

ALISON GOLDEN
GRACE DAGNALL



NOTA DEL AUTOR



Los acontecimientos de esta precuela tienen lugar poco antes de *El caso de la llama oculta*, el siguiente libro de la serie de misterios del inspector David Graham. Está ambientado en la hermosa campiña del sur de Inglaterra.

El Caso de la Bella Gritona es una precuela clásica de los demás libros de la serie, todos ellos misterios completos. Pueden leerse y disfrutarse en cualquier orden. Me he asegurado de no incluir ningún spoiler para los que no conozcáis a los personajes. Los fans de las investigaciones del inspector Graham encontrarán mucha acción y misterio nuevos, así como un poco de información sobre algunos de los principales protagonistas del universo del inspector Graham. En definitiva, hay algo para todo el mundo.

Me lo he pasado en grande creando este libro; espero que tú te lo pases en grande leyéndolo.

Alison Golden

CAPÍTULO 1



Amelia Swansbourne se enderezó, con una ligera mueca de dolor, y admiró el parterre recién desbrozado con un orgullo casi profesional. Era, reflexionó, como si estuviera librando una guerra continua y de bajo nivel contra insidiosos intrusos cuyas intenciones no eran sólo echar raíces y florecer, sino que su impacto en los parterres y rocallas impecablemente dispuestos de su jardín era tan inoportuno como un huracán. Amelia era implacable y precisa, y trabajaba con una concentración metódica que le recordaba a esos "monjes jardineros" que había visto en un documental. Tal vez, se rió, pasando al siguiente parterre, escardar sería su camino hacia la iluminación.

Mientras se arrodillaba en su almohadilla acolchada con motivos florales y comenzaba una vez más el ritmo familiar, dejó que su mente siguiera su curso. Se preguntó cuántas otras mujeres de sesenta y pocos años estarían llevando a cabo esta tarea básica y consagrada en ese mismo momento. Se imaginó aquellos tranquilos jardines ingleses cuidados con esmero en aquella templada mañana de domingo y deseó en silencio a sus compañeras jardineras que pasaran un par de horas tranquilas y productivas. Sin embargo, debía de ser cierto que se enfrentaba a una prueba mayor y más exigente que la mayoría. Los jardines de la Posada de la Lavanda se extendían a lo largo de una impresionante e interminable extensión de cuatro acres y medio.

A los huéspedes les encantaba pasear por los jardines. Se habían convertido en una gran atracción para muchos de los ciudadanos que se retiraban de Londres a este idilio campestre. Entre los visitantes se encontraban aquellos que se registraban con nombres falsos y, una vez finalizada su visita, volvían a sus ordenadores para escribir reseñas en Internet, cuyo poder podía hacer triunfar o fracasar a un bed and breakfast como el Lavender. Los jardines aparecían a menudo en los comentarios de esos sitios web, así que Amelia sabía que su trabajo era una inversión, por mucho tiempo que le llevara. Mantener los jardines bajo control -no sólo desherbados, sino también regados, constantemente mejorados, podados, alimentados y abonados- habría sido un trabajo a tiempo completo para cualquier jardinero experimentado, pero Amelia se ocupaba ella sola de prácticamente todas las necesidades hortícolas de la pensión. Lo prefería así, pero le pasaba factura. Sobre todo en las rodillas.

Los jardines habían resultado tan atractivos y la satisfacción de su espléndido aspecto era tan grande que hacía tiempo que Amelia consideraba que sus esfuerzos habían merecido la pena. Además, era un tributo apropiado y continuo a su difunto tío Terry, que había legado a Amelia y a su marido este notable edificio Tudor y sus jardines. La repentina herencia había sido todo un shock. A Cliff, en particular, le preocupaba no estar preparado en absoluto para ser el co-

anfitrión de un B&B popular y de alto nivel. Sin embargo, Terry no tenía hijos y había sido tan padre para Amelia como lo había sido el suyo propio. La hacía sentirse orgullosa y feliz creer que el lugar estaba siendo bien administrado y que los jardines se habían convertido en la envidia del pueblo de Chiddlinghurst y, a juzgar por esas críticas, más allá.

Un lecho de rosas formaba el flanco oriental del cuadrilátero principal, dentro del cual Amelia había pasado gran parte de la mañana. Estaban especialmente bonitas; tres variedades de color carmesí y escarlata encontraban su pareja natural en las especies blancas como lirios que florecían enfrente, en el lado oeste. Junto a la casa, una imponente mansión Tudor con todas sus viejas vigas de madera oscura aún intactas, había parterres más pequeños y una rocalla a ambos lados de un espacioso patio con muebles de jardín blancos de hierro fundido. Más allá, contra el ala oeste de la posada, había un parterre del que Amelia se sentía especialmente orgullosa: helechos de un verde intenso y plantas con flores de poca luz, cuyos exuberantes colores proporcionaban una rápida dosis de sosiego entre las tonalidades más brillantes que los rodeaban. Amelia se tomó un momento para dejar que los verdes se impregnaran en su mente, tranquilizadores y prometedores a partes iguales. Respiró profundamente y empezó a relajarse de verdad y a disfrutar de su mañana en el jardín. Por eso el grito desgarrador que estalló desde la ventana abierta de la habitación situada justo encima del lecho de helechos heló la sangre de Amelia como el hielo.

Dejando caer la paleta y despojándose de sus pesados guantes de trabajo, Amelia corrió por el immaculado césped del cuadrilátero y subió los cuatro escalones de piedra que conducían al patio. Al asomarse por las puertas del invernadero, no vio nada fuera de lugar. Pasó rápidamente al comedor y luego al vestíbulo. Subió las escaleras tan rápido como se lo permitieron sus debilitadas rodillas y, a los pocos segundos de oír el grito, estaba llamando a la puerta de una habitación de invitados.

"¿Señora Travis? ¿Puede oírme? ¿Está todo bien?" jadeó Amelia, su mente ya se adelantaba a los horrores que podrían acompañar a algún tipo de tragedia en esta popular casa.

"¿Señora Travis?", repitió, levantando la mano para llamar una vez más.

La puerta se abrió y Norah Travis sonreía plácidamente. "Hola, Amelia. ¿Qué ocurre?"

"¡Estás bien!" observó Amelia con un gran suspiro de alivio. "Santo cielo, temía que hubiera ocurrido algo horrible".

"Estoy segura de que no sé a qué te refieres", le aseguró Norah. "Ha sido una mañana de domingo bastante tranquila, hasta ahora".

No había nada en Norah que pudiera despertar algún tipo de alarma. Como de costumbre, no había ni un pelo rubio fuera de lugar y sus ojos azules brillaban. En todo caso, decidió Amelia, parecía incluso más joven de sus veintisiete años.

"Juraría", le dijo Amelia, recuperando poco a poco el aliento, "que oí un grito desde aquella ventana", señaló, "mientras estaba fuera, en el jardín. Claro como el agua".

"Oh, no tengo nada por lo que gritar, Amelia", respondió Norah. "¿Podría haber sido otra persona? No creo haber oído nada".

Cliff no me dejará oír el final de esto. Dirá que me estoy volviendo loca, que por fin me he vuelto loca. ¿Y quién dice que se equivoca? "Debe haber sido, querida. Siento mucho haberte molestado".

Amelia le dio los buenos días a Norah y volvió abajo, distraída por el escalofriante recuerdo del sonido, así como por su misterioso origen. Hubiera jurado sobre una pila de Biblias....

CAPÍTULO 2



A lrededor de las once, Cliff Swansbourne regresó por el camino de grava hasta la entrada principal del Lavender en su maltrecho pero extremadamente fiable Land Rover Defender.

Los domingos por la mañana, un ritual tan antiguo como su estancia en la posada, las incursiones de Cliff al mercado de agricultores de la cercana Dorking eran legendarias, tanto por sus alegres y soleadas bromas con los tenderos como por la desconcertante variedad de productos locales con los que regresaba. Cliff no era, como su esposa había observado a menudo, un planificador. El menú de la cena parecía componerse solo, en su cabeza, en el transcurso de una hora de paseo por el mercado, y siempre se las arreglaba para volver con los ingredientes de algo suntuoso y apetitoso que llegaría a la mesa unas horas más tarde. Por la inconfundible fragancia que emanaba de la parte trasera del Landy, Amelia sospechó que se trataba de pescado.

"¿Sabías que el salmón puede volar?", empezó Cliff, entregándole a su mujer una bolsa repleta de provisiones.

Amelia le lanzó una mirada inquisitiva. ¿Cuál de los dos, recuérdamelo, se está volviendo loco? "No me digas", contestó ella con indiferencia.

"El tipo dijo que este salmón había volado desde un lago escocés a primera hora de la mañana. El pescado más fresco que jamás hayas visto", prometió. "También tengo un gran bosque de eneldo. Todavía tenemos esos tablones de cedro, ¿verdad, querida?"

Amelia llevó cuatro grandes bolsas de comida a la cocina y las colocó sobre su robusta mesa de madera tradicional. "Creo que están en alguna parte de la despensa", dijo. "Mira, esto va a sonar un poco tonto, pero..."

"¿Tú?" Cliff se burló. "¿Tonto? Ni en un millón de años..."

"Cállate medio segundo, hombre imposible", le dijo ella, deteniéndolo en medio de la cocina y abrazándolo. "Gracias por ir a comprar. El salmón va a estar maravilloso. Lo sé".

"Seguro como en Navidad", respondió Cliff. "Ahora, ¿qué va a sonar un poco tonto?"

Amelia se sacudió sus reservas y lo dijo sin rodeos. "¿Alguna vez, mientras he estado fuera..."

"Nunca", respondió Cliff, enderezando la espalda desafiantemente. "Y no puedes probar que lo haya hecho. No estaba cerca del lugar de los hechos". Hizo una pausa. "Fuera cual fuese el suceso", añadió, con menos seguridad. "Inocente, estoy diciendo".

"¿Quieres callarte y escuchar?" exigió Amelia, dándole un puñetazo en el hombro como había hecho muchas veces en momentos de frustración a lo largo de los treinta años que llevaban casados. "¿Has oído gritar alguna vez a Norah Travis, o a cualquiera de nuestros otros

invitados?".

Cliff enarcó una ceja.

Clásico de Cliff. No se tomará esto en serio hasta que le obligue.

"¿Gritar, dices?"

"Grité".

"¿Qué tipo de grito?"

"¿Acaso importa, imbécil? Un grito, ya sabes, una explosión de sonido causada por el dolor o la ansiedad o..." Se detuvo. Cliff no necesitaría estímulo, estaba segura.

"¿O... nookie?" dijo, moviendo una ceja levantada.

"Calma tu ardor, Romeo. No era ese tipo de grito", le dijo Amelia.

"Ah", contestó él, un poco desinflado. "Pues no, si te soy sincero, no he oído una eyaculación así".

"Cliff, por el amor de Dios..."

"Ni una sola vez, en serio. ¿Por qué?"

"Bueno, estaba fuera en el jardín, y podría jurar que hubo un grito repentino y desgarrador desde la habitación de Norah. Ya sabes, en la esquina oeste".

"La conozco, cariño. Yo también trabajo aquí, si te acuerdas. ¿Pero por qué estaría gritando un domingo por la mañana? ¿Se dio cuenta de que se levantó tarde para ir a la iglesia? No parece de ese tipo".

Amelia se encogió de hombros. "Difícilmente. Y ésa es la cuestión. Corrí a su habitación para asegurarme de que estaba bien..."

"¿Corrí?" dijo Cliff. La ceja volvió hacia el cielo. "¿Corriste a algún sitio?"

"Quiero decir, sí", contestó Amelia, sensible a estas pullas sobre su edad y sus rodillas cada vez más pérfidas. "No soy una velocista olímpica ni nada por el estilo, pero llegué en un tiempo récord". Y Norah negó haber hecho u oído tal sonido".

Se sentaron alrededor de la mesa de la cocina, las bolsas rebosantes de productos olvidadas temporalmente. "Tricky", observó Cliff. "Muy misterioso".

"Entonces, ¿qué piensas?" preguntó Amelia, perpleja.

"Creo", dijo él, cogiéndole la mano cariñosamente por encima de la mesa, "que ya es hora de que llamemos a los hombres de las batas blancas".

Amelia se puso en pie y le increpó, tal y como él esperaba. "¡Escúchame bien, desgraciado! No soy yo la que está perdiendo la cabeza. Nunca he dicho, por ejemplo, que el salmón pueda volar. ¿Y qué me dices de aquella vez que fuiste al pueblo a por el periódico en calzoncillos?"

Cliff se defendió. "Eran las cinco y media de la mañana, no se veía un alma y yo trataba de ganar tiempo", explicó. "Todo por la eficiencia".

"Tonterías".

"Como quieras", comentó Cliff, poniéndose en pie para empezar a buscar un sitio para la compra, "pero no soy yo el que se imagina gritos de la nada".

Amelia negó con la cabeza. "No me lo he imaginado, Cliff. No es que estuviera oliendo pan tostado mientras me daba un ataque. Estoy en pleno uso de mis facultades mentales", dijo, señalando con un dedo su sonrisa escéptica, "y sé lo que oí".

"Querida", empezó Cliff, "hay una serie de cosas que una dama podría hacer, sola, en la intimidad de su habitación, en una perezosa mañana de domingo, que podrían hacerla gritar. Y una vez ante la evidencia de que había sido escuchada -añadió-, ¿qué te hace estar tan seguro de que Norah Travis se sentiría cómoda compartiendo tales intimidades con su casera? Lleva aquí un total de dos noches. No es como si fueran hermanas".

"Cierto", tuvo que admitir Amelia. "Pero, como digo, no fue ese tipo de grito".

"Todo el mundo es diferente. Estamos en el siglo XXI, cariño. La gente se divierte de muchas maneras. No debemos juzgar, especialmente a los huéspedes de pago, y no debemos acosar a la gente que simplemente está disfrutando de un rato a solas".

Amelia se agachó y metió agresivamente un saco de patatas bajo el estante inferior de la despensa. "Hombre imposible", volvió a decir antes de abrir de un tirón la puerta que daba a los jardines y marcharse dando pisotones.

CAPÍTULO 3



El salmón no decepcionó. A la parrilla a la perfección y alfombrado con sabroso eneldo, era preferible a su oferta alternativa estándar de los domingos por la noche de Beef Bourguignon. La lasaña vegetariana tampoco se tocó en la nevera. Una vez que Cliff y Amelia hubieron recogido las mesas y cargado el lavavajillas, se sirvieron su habitual copa de vino blanco seco y volvieron a sentarse alrededor de la mesa de la cocina. Estas rutinas daban a sus vidas una agradable estructura, pero también proporcionaban un momento vital para detenerse, hablar e intercambiar las noticias del día. Con tantas prisas y la agenda de reservas tan llena, era un oasis de tranquilidad que ambos apreciaban.

"¿Te has dado cuenta de que Norah Travis ha destrozado por completo su salmón?". dijo Cliff, sorbiendo su vino. "Casi se comió las espinas en las que venía".

"Bien hecho, chef", dijo Amelia, levantando una copa en señal de saludo.

"No la oí gritar ni una vez", dijo Cliff.

"Oh, por el amor de Dios. Te he dicho lo que he oído. Y puedes creer lo que quieras".

Cliff se rió con facilidad y buscó el libro de reservas en una mesa auxiliar. "Creo, oh, copropietario mío, que la Posada de la Lavanda está casi al completo, desde septiembre hasta Año Nuevo. Y -añadió, hojeando un buen número de páginas-, más allá de eso, está en buena forma. No sé cómo lo hemos conseguido".

"Maldito trabajo duro", le dijo Amelia. "Mis rodillas han pagado por ese jardín con sus propias vidas. Y tú estás haciendo maravillas con la cocina y todos los suministros. Por no hablar de mantener a Doris en el buen camino".

Como una buena matrona en una sala de hospital, una buena ama de llaves era fundamental para su éxito. Doris Tisbury era insuperable. "Ella no necesita mi ayuda", objetó Cliff. "Confiaría en ella para todo, desde una doble reserva hasta una insurgencia yihadista".

"Esperemos que no llegue a eso. Acabo de dejar el jardín espléndido", replicó Amelia, inexpresiva.

"Así es, querida", dijo Cliff, agradeciendo su comentario con un saludo de su copa de vino. "Lo que digo es que, como el negocio va tan bien, podríamos replantearnos la idea de..."

"¿Irnos a México?" Amelia citó. "¿No es así como lo dices? En serio, ¿otra vez ese viejo plan?"

"No es viejo, pero desde luego es un plan. Y uno bueno", dijo Cliff, llenando los vasos de ambos. "Piénsalo. Playas de arena blanca", dijo, y sus gestos se volvieron expansivos, "hamacas colgadas entre dos palmeras... Dime que no sueñas despierto con ello. Porque yo sí lo hago".

Amelia no pudo resistirse. "Cuando no estás soñando despierto con lo que podría hacer gritar a la deliciosa Norah Travis".

"A un hombre se le permiten sus fantasías", replicó Cliff. "Pero hablo en serio, cariño. Hemos trabajado muy duro, como muy bien has observado, y va a entrar mucho dinero, sobre todo cuando suban las tarifas por las fiestas. Quiero decir, has visto las reservas..."

"Las he visto, y son fantásticas", replicó Amelia, dejando sin decir el importante e inevitable "pero".

"Ahora no", concluyó Cliff. "Ya lo has dicho antes. Más de una vez". Su decepción era real, y se negaba a ocultarla. Cuarenta años de trabajo como ingeniero de estructuras, luego como evaluador, después como formador y mentor de los jóvenes 'uns.... Estaba dispuesto a dejar a un lado la propiedad del Lavender y seguir con su plan maestro de jubilación: tumbarse en la arena cálida y seca, mojar los dedos de los pies en el Pacífico y que alguien le trajera martinis cada hora. Pero, mes a mes, sentía que se le escapaba.

"Necesitamos más tiempo y más dinero", le dijo Amelia, la más práctica de la pareja. "Aunque vendiéramos mañana, ¿cuánto tiempo crees que duraría el dinero?"

"Depende de si me dejas gastármelo todo en coca y strippers", bromea Cliff.

Ella le cogió la mano. "Cariño -comenzó ella, todavía inexpresiva, como era su costumbre-, sé que el sueño de tu vida es esnifar polvos de Bolivia en las partes íntimas de alguna chica guapa, pero te necesito aquí, conmigo, en el planeta Tierra. Sólo un par de años más".

Cliff estaba desinflado, a pesar de sus tonterías. "Bueno, cabrón."

"Lo siento. Pronto, lo prometo. Todas las strippers de Tijuana".

Cliff terminó su vino y le dedicó a su mujer una sonrisa cargada de sutiles significados. "Te quiero y confío en ti. Somos un equipo y este es mi sitio. Pero no me prometas el paraíso y luego me entregues otros cuatro años pescando espinas de salmón y cortando montañas de eneldo. No podría soportarlo".

Terminaron el vino y Amelia se fue a la cama. Cliff permaneció sentado en la cocina más tiempo del que hubiera deseado, imaginándose la vida sencilla y relajada por la que tanto había trabajado. Ella tenía razón, otra vez. Como siempre. ¿Por qué tenía que ser tan condenadamente pragmática?

Había sido Amelia quien lo había alejado de esas caras y seductoras distracciones de mediana edad, veinte años atrás: el coche deportivo, no inesperado pero ciertamente caro; el loco y médicamente desaconsejable plan de ir a pie desde Lands' End hasta John O'Groats y viceversa; y su exótica quimera de jubilarse en una playa de México.

Las discusiones habían sido feroces, pero una vez que comprendió que ella le quería y deseaba ayudarle, se dio cuenta de que había flotado un poco a la deriva al llegar a los cuarenta y cinco. Necesitaban un plan sólido, no un par de ruedas de lujo que valían cuatro años de su antiguo sueldo. Fue entonces cuando una apacible calma volvió a la casa de los Swansbourne. Amelia había estado a su lado mientras él se desentendía de las "malditas tonterías", como solía llamarlas, y llegaba a lo más alto de su profesión. Ahora estaría a su lado, estaba seguro.

Una mujer extraordinaria, reflexionó mientras apagaba las luces y subía las escaleras. Por un segundo, un ruido del exterior atravesó su conciencia, pero sacudió la cabeza y volvió a sus cavilaciones. No la cambiaría. Ni por nada. Ni siquiera por un yate de lujo lleno de strippers.

CAPÍTULO 4



Doris Tisbury llevaba su carrito, repleto de toallas y sábanas, por el pasillo del segundo piso del Lavender, tarareando una melodía que llevaba toda la mañana en la cabeza. ¿Era Tchaikovsky? ¿O de una ópera? No lo recordaba, pero era una melodía alegre y optimista que encajaba con su estado de ánimo. Había que limpiar. Cada vez que Doris cerraba la puerta de una habitación que ahora sabía inmaculada, sentía una pequeña sacudida de satisfacción. El mundo era como debía ser, todo estaba en su sitio. Doris se aseguraba de ello.

A punto de cumplir los sesenta y con los robustos antebrazos de un panadero artesano, Doris era originalmente una "muchacha de Yorkshire" y en la actualidad una ama de casa sin tonterías. Tenía una paciencia infinita para las tediosas tareas que se le encomendaban, pero ninguna en absoluto con la gente que "se metía en líos", como ella decía. Sus hijos y nietos conocían demasiado bien esta expresión. Los castigos por "fastidiar" eran la pérdida del postre, o del dinero de bolsillo, o -horror de los horrores- tareas domésticas adicionales. Doris no era una bruta, sino una disciplinaria. Creía que la calidad, el rigor y el hacer las cosas sin aspavientos ni demoras era lo que se requería para una vida honrada. Aportó a la Lavanda una minuciosidad franca, y la posada prosperó, en buena medida, gracias a su firme dedicación al deber.

La mayoría de los huéspedes de la Lavanda eran madrugadores. Podían desear viajar a alguna de las atracciones cercanas o a Londres o disfrutar de uno de los enormes desayunos cocinados tradicionalmente por Cliff. Algunos disfrutaban de los jardines con un paseo mañanero. Sin embargo, a veces no era así. Doris llamaba a la puerta, esperaba un cortés intervalo, entraba en la habitación y encontraba al huésped durmiendo o haciendo algo que prefería que Doris no viera. Se habría atrevido a presumir de que, durante sus años en el Lavender y en otros hoteles anteriores, había estado expuesta a casi todos los sórdidos pasatiempos humanos, tanto si ocurrían delante de ella como si se deshacía de pruebas incriminatorias. Nada podía escandalizar a Doris, decía. Ni siquiera aquel asunto del año pasado con el empresario maltés y su maleta llena de... bueno, no pensemos en eso.

La puerta de Norah Travis era la siguiente. Doris llamó tres veces a la puerta, diciendo "¡Camarera!" en el tono más brillante que pudo y volvió a llamar. Contó hasta cinco, como hacía siempre -para reducir la frecuencia de esos encuentros incómodos- y luego utilizó su llave maestra para abrir la puerta.

Doris echó un vistazo a la habitación. No cabía duda de que no había dormido en la cama. Incluso si Norah, por alguna razón, hubiera decidido hacerla ella misma, era imposible que hubiera igualado la precisa perfección geométrica que Doris imprimía a su trabajo. Desde luego,

no había ni rastro de la joven.

Doris patrullaba la habitación, vaciando la basura y dándole al tocador un chorrito de cera para muebles. La habitación olía un poco a humedad, así que Doris abrió las dos ventanas para airearla. Luego se dirigió al cuarto de baño, esperando ver las toallas habituales en el suelo. En lugar de eso, se sorprendió al mirar hacia abajo y ver las suelas de un par de zapatos. Cuando Doris empujó la puerta para abrirla, vio que los zapatos estaban sujetos a Norah Travis y que la mujer estaba tendida en el suelo del cuarto de baño, inmóvil.

"¿Señora Travis?" jadeó Doris. "Oh, Dios, voy a buscar ayuda, querida...". Pero al volverse, vio que el rostro de Norah, antaño hermoso, y su largo cabello rubio estaban densamente cubiertos de sangre que manchaba su blusa azul y que la piel de su cuello y hombros expuestos era de un blanco alabastro sobrenatural.

CAPÍTULO 5



Cliff levantó la vista de la ensaladera cuando Doris entró corriendo en la cocina. Enseguida supo que algo terrible había ocurrido.

"Es Norah Travis", consiguió decir Doris, llevándose las manos a la boca, pero entonces la sombría noticia se le atascó en la garganta y no salió.

"¿Doris?" dijo Cliff, dejando caer las pinzas de la ensalada y caminando por la cocina hacia su estupefacta ama de llaves. "Doris, ¿qué ha pasado? ¿Pasa algo?" La horrible verdad estaba tan claramente grabada en el rostro de Doris que Cliff no necesitó preguntar.

"Está muerta, Sr. Swansbourne", dijo Doris, encontrando por fin la voz. "En el baño. En el suelo".

"Jesús." Cliff se alejó, subiendo las escaleras de dos en dos. Cuando llegó a la puerta del cuarto de baño de Norah, una mirada se lo dijo todo. La atractiva rubia estaba más allá de toda ayuda y lo había estado durante algunas horas. Una invitada de los muertos de Lavender. Cliff dio un grito ahogado, retrocediendo ante la visión, y se agarró al marco de madera de la puerta para apoyarse. "Oh, no." Amelia había ido al vivero local, uno de sus lugares favoritos, a por plantones. No se sabía cuándo volvería. El peso de la responsabilidad que pesaba sobre Cliff mientras contemplaba el cuerpo de Norah le asustó.

"¿Cliff? ¿Qué pasa?" Cliff levantó la vista y vio una cara conocida. Era Tim Lloyd, un invitado tan habitual que era casi un amigo de la familia. "Oh, Dios, ¿es Norah?" preguntó Tim, pasando descaradamente por delante de Cliff y entrando en el baño para ver la tragedia por sí mismo. "Dios, Cliff... ¿Has llamado a alguien?"

"Acabo... Acabo de encontrarla", dijo Cliff, con el corazón acelerado por la preocupación. "Doris la encontró primero. Amelia está en el pueblo". Cliff se obligó a bajar la mirada. "Norah, ella está... Quiero decir, no hay esperanza, ¿verdad?"

"Llama al 999", le dijo Tim, haciéndose cargo. "Yo me quedaré aquí con... el cuerpo". Tim acababa de salir de la ducha tras su paseo matutino por el jardín. Se apartó el pelo negro de los ojos mientras se inclinaba sobre Norah.

"De acuerdo. No dejes entrar a nadie más. Ahora vuelvo". Cliff se recompuso y bajó al teléfono del vestíbulo.

Tim pudo oír la llamada, la sombría narración de los hechos por parte de Cliff, su tristeza cuando le dijo al operador que la reanimación cardiopulmonar no serviría de nada en ese momento. El cuerpo que tenía a sus pies fue el primero que vio Tim, y se acordó de que siempre había supuesto que se trataría de un abuelo o de un viejo vecino, no de una encantadora mujer

rubia de unos veinte años. Abajo, Cliff se quedó callado un momento antes de que Tim le oyera confirmar la dirección y algunos otros detalles que no captó. Tal vez Cliff estaba respondiendo a las instrucciones de no mover el cuerpo o de mantener a la gente alejada hasta que llegara la policía.

"Ya está hecho, Tim. Están de camino", le dijo Cliff al volver a la puerta de la habitación de Norah. "No has tocado nada, ¿verdad? No me gustaría tener tus huellas por todo esto".

"Oh, no", respondió Tim. "Pero quiero ayudar en todo lo que pueda. Esto es... una tragedia terrible", dijo, con los ojos abatidos.

Cliff se mantuvo a distancia, junto a la puerta del cuarto de baño, mientras Tim permanecía de pie junto al cadáver, a menos de medio metro de Norah. "Creo que es mejor que dejemos esto en manos de los profesionales, ¿no crees?". aconsejó Cliff al más joven. "Seguro que querrán entrevistarte a ti y a nuestros otros invitados". El fantasma de la publicidad negativa provocó en Cliff un escalofrío desagradable, pero lo apartó de su mente, discutiendo en silencio consigo mismo al recordar que se había apagado una vida joven.

"Me siento un poco responsable", decía Tim. Volvió a mirar el cadáver de un modo que, al menos a Cliff en aquellos momentos de ansiedad, le pareció bastante extraño.

"La culpa es una respuesta natural ante algo así", le advirtió Cliff, sacudiendo la cabeza. "Tú no has tenido nada que ver, estoy seguro".

"Pero le recomendé que se quedara aquí. Norah necesitaba un lugar adonde ir. Un lugar seguro", dijo Tim. Sus ojos estaban fijos en la mujer muerta, casi como con la esperanza de una súbita reanimación.

Cliff se acercó un paso más a Tim. "¿Estás diciendo que estaba metida en algún lío? ¿En Londres?", preguntó. Norah había mencionado que, al igual que Tim, era de la capital del país.

Tim frunció los labios. "Hubo un divorcio. Muy turbio. Y el marido no tiene nada de simpático. La amenazaba, la seguía a todas partes. Norah necesitaba un lugar tranquilo para ordenar sus pensamientos, pensar qué hacer a continuación. Pensé que el Lavanda era perfecto para ella. Es muy triste que todo haya acabado así. ¿Crees que fue un accidente? ¿Que resbaló y se cayó?".

Cliff observó a Tim inclinado sobre el cuerpo de Norah, inspeccionando el terrible impacto en la parte posterior del cráneo de Norah. "No hay forma de saberlo hasta que lleguen los profesionales, ¿verdad? Mira, voy a esperar en el vestíbulo a que suban. Por favor -dijo Cliff con sinceridad-, no toques nada. Creo que ni siquiera deberías estar aquí".

Pero Tim seguía contemplando la horrible herida, sus ojos revoloteaban de la palangana a la bañera, imaginando cómo podría haber encontrado Norah su final. Tim Lloyd, periodista de investigación, recordó Cliff mientras bajaba las escaleras sumido en una extraña y desagradable niebla. Incansable buscador de la verdad, entonces. O tal vez sólo una historia jugosa.

CAPÍTULO 6



Cliff abrió la puerta principal y miró a un sargento de policía alto y corpulento. "Gracias por venir tan rápido", dijo Cliff. "Esto es espantoso".

El sargento Harris se quitó la gorra del uniforme y entró. "Estoy seguro de que ha sido una mañana difícil", dijo en un barítono bajo. "Pero nos ocuparemos de ello. Tenemos a uno de los mejores en camino. De hecho, vive en Chiddlinghurst".

Cliff acompañó a Harris al piso de arriba, pero antes de llegar a la habitación llamaron a la puerta principal. Cliff volvió abajo y abrió la puerta. "Buenos días, señor Swansbourne". Cliff miró al hombre que estaba en el umbral. "Detective inspector Graham".

Tras echar un breve vistazo a la placa que Graham le mostró, Cliff dijo: "Sí, por supuesto", y le invitó a pasar. El inspector tenía unos treinta años, vestía un traje gris y ya estaba examinando el establecimiento con el aire de alguien muy acostumbrado a hacerlo. Graham guardó silencio un momento mientras observaba los detalles, sus ojos se movían rápidamente entre los cuadros de la escalera, los adornos de las mesas auxiliares y la alfombra persa del suelo. El DI parecía estar absorbiendo la escena como si más tarde fuera a tener que describir cada uno de sus rasgos.

Graham llegó al final de la escalera y confirmó los detalles básicos con Cliff. "Nuestra ama de llaves, Doris Tisbury, la encontró sobre las 9:45 de esta mañana", informó Cliff.

"¿Y ha estado alguien más en la habitación desde entonces?". preguntó Graham, con el cuaderno abierto.

"Sólo yo y Tim Lloyd, un huésped", respondió Cliff. Aunque estaba seguro de que Tim había actuado de forma inapropiada, Cliff sabía que era importante contar todos los detalles a la policía.

El inspector Graham llegó a la habitación de Norah y continuó su minucioso examen visual de todo lo que había en las inmediaciones. Cliff le observó, encontrando algo de sabio en la forma en que Graham absorbía los colores y las formas que le rodeaban. El detective se volvió hacia el cuarto de baño y vio en los pies de la víctima el mismo par de zapatos que Doris había visto por primera vez. Junto a ellos estaba Tim Lloyd, arrodillado junto al cuerpo, como si estuviera realizando su propio examen.

"¡Señor, levántese, por favor!" dijo Graham de inmediato. Tim se detuvo un momento y Graham estaba a punto de repetir la orden cuando Tim se levantó, con bastante despreocupación, a juicio de Cliff, dadas las circunstancias.

"Yo diría que lleva muerta unas doce horas", opinó Tim, frotándose la barbilla.

Graham agarró con fuerza el brazo de Tim y lo sacó del cuarto de baño. "¿Es usted el señor

Lloyd?" preguntó Graham.

"Lo soy".

"¿Comprende que ésta es una posible escena del crimen?". dijo Graham, su subida de color era el único indicio de que estaba conteniendo su temperamento con cierto esfuerzo.

"He ayudado en investigaciones policiales como parte de mi trabajo. En Nueva York", explicó Tim. "Como periodista.

"Periodista. Pero no investigador médico. O forense. O policía", dijo Graham con suavidad. Miró fijamente a Lloyd.

"No", admitió Tim.

"O, de hecho, como cualquiera remotamente relacionado con el negocio profesional de resolver crímenes".

A pesar de su aspecto, la ira de Graham seguía apenas bajo control. Si había algo que Graham no podía soportar, era que los entrometidos contaminaran las escenas de los crímenes con su amateurismo sin estudios, por bienintencionado que fuera. Seis meses antes, con menos moderación de la que estaba mostrando en ese momento, Graham se había descontrolado por completo, gritándole a la cara a un voluntario aterrorizado que había tenido la desgracia de encontrar el cuerpo de una cajera desaparecida en el bosque durante una búsqueda masiva. En un principio, Graham había agradecido al hombre sus esfuerzos -la mujer había quedado parcialmente enterrada en un bosquecillo remoto y era difícil de ver-, pero en cuanto se enteró de que el voluntario le había quitado los mechones de pelo de los ojos al encontrarla, prácticamente había estallado. Con la cantidad de programas del tipo CSI que se emitían en la televisión, le dijo Graham al sargento Harris más tarde, cualquiera diría que la gente había aprendido a guardarse las manos ensangrentadas.

"Vuelva a su habitación, Sr. Lloyd. Y quédese allí. ¿Entendido?" Tim entendió y se fue en un momento. Después de verlo irse, Graham se volvió hacia Cliff. "¿Señor Swansbourne? Dígame todo lo que sepa sobre el difunto. ¿Era una huésped habitual?".

Cliff relató lo que sabía y se sintió lo bastante mareado como para considerar la posibilidad de sentarse en el borde de la cama, pero rápidamente se replanteó la idea a la luz de la rigurosa actitud del DI Graham en la escena del crimen. "Era la primera vez que se quedaba con nosotros. Una amiga de Tim Lloyd, por casualidad. Dijo algo de que se había divorciado recientemente y que su marido era un tipo desagradable".

El bolígrafo de Graham llenó dos páginas de su cuaderno con lo que parecían jeroglíficos egipcios, pero que en realidad eran un conjunto de abreviaturas finamente perfeccionadas combinadas con taquigrafía anticuada. Graham estaba más que un poco atrasado en algunos aspectos, pero su forma de tomar notas era mucho más eficiente, estaba seguro, que teclear cualquier cosa en una de esas tabletas por las que sentía un considerable desdén. "De acuerdo, entonces". Graham cerró su cuaderno. "Gracias, señor. Lo ha hecho todo bien". Cliff respondió con una sonrisa ladeada. "Voy a llamar a nuestro patólogo, un hombre de primera, y veremos si el entusiasmo del señor Lloyd por combatir el crimen ha dejado algún rastro de lo que realmente pudo haber matado a esta pobre mujer".

CAPÍTULO 7



Gilbert Hatfield -Bert para los amigos- luchaba al mismo tiempo contra el tráfico del lunes por la mañana en Londres y contra la certeza de que aclarar lo que le había ocurrido a Norah Travis le obligaría casi con toda seguridad a perderse el partido de la tarde. La vida de un hinchado del Charlton Athletic ya era bastante dura como para tener que quedarse atrapado en un depósito de cadáveres mientras tu equipo disputaba el primer partido en casa de la temporada.

A medida que dejaba atrás las ajetreadas calles de la ciudad y se adentraba en el paisaje mucho más agradable del condado rural de Surrey, el patólogo, que se acercaba a regañadientes a los sesenta años, sorteaba las estrechas carreteras con especial cuidado. Tras esquivar por los pelos a otro conductor que no prestaba suficiente atención, giró a la derecha, luego a la izquierda, y después todo recto en un cruce antes de rodar por una calle en suave pendiente hasta la casi demasiado pintoresca Chiddlinghurst. A Bert le recordaba a esos pueblos conservados del siglo XIX que se trasplantan ladrillo a ladrillo para crear un museo que celebra tiempos pasados. Los coches de alta gama en las entradas y las antenas parabólicas montadas lo más discretamente posible en los laterales de las viviendas centenarias eran los únicos signos de modernidad invasora.

La Posada de la Lavanda, por su parte, bien podría haber sido arrancada del pasado, con su brillante pintura blanca y sus vigas de color negro intenso, un agradable contraste. Y los jardines... incluso una persona sin pulgares verdes como Bert era capaz de asombrarse. La planificación y los cientos de horas de duro trabajo que se habían invertido en ellos eran evidentes al instante. Era un hecho desafortunado que un invitado hubiera elegido o se hubiera visto obligado a llegar al final de su vida mientras contemplaba el esplendor formal de los jardines.

Aparentemente desbordados -o quizá simplemente faltos de personal- en esta ajetreada mañana de lunes, el servicio local de ambulancias llegó sólo unos minutos antes que el patólogo. Bert los encontró cabizbajos y sintiéndose un poco inútil, como les ocurría a veces cuando era tan evidente que no había nada que hacer. En la mayoría de los casos, los sanitarios acompañaban a los bomberos o hablaban con la policía. Este caso era una excepción. Todos permanecieron en silencio. El inspector Graham estaba solo. Bert sabía por experiencia que el policía le estaba esperando y se disponía a anotar tantos datos médicos como Bert estuviera dispuesto a darle.

"¿Todavía se niega a unirse al siglo XXI, detective inspector?" preguntó Bert, burlándose del

cuaderno de Graham.

Graham no estaba de humor para que le señalasen su idiosincrasia y respondió tan bien como pudo. "¿Todavía raspando en la parte inferior de la tabla de clasificación?" replicó Graham, con una sonrisa pícaro que demostraba que el inspector no era sólo un hombre de negocios.

Bert se golpeó el pecho con un puño severo. "Charlton hasta la muerte, inspector Graham, como usted bien sabe. Es sólo una mala racha. Estarán de vuelta en la Premier en poco tiempo".

Graham se burló. "Tonterías. Tenemos más esperanzas de resolver esto a la hora de cenar".

En ese momento Cliff Swansbourne se acercó y el centro profesional de Graham volvió. Presentó al posadero, aún ligeramente ceniciento. "Quiero presentarle al Dr. Bert Hatfield. Uno de los mejores patólogos del negocio. Hará su inspección inicial del cuerpo y de la escena. Después haremos los preparativos para trasladar el cadáver. El sargento Harris sacará fotos y ambos haremos interrogatorios -le explicó Graham a Cliff-, pero luego ya no te molestarán más. Esta tarde vendrá otro equipo forense para limpiar. Es el procedimiento habitual". Cliff les dejó solos, agradecido de volver a la cocina y a la rutina de preparar la cena. Si alguien tendría ganas de comerla era otra cuestión.

Media hora después, llamaron a la puerta de la cocina. "Los médicos ya han terminado, señor Swansbourne", dijo el sargento Harris. Cliff lo siguió al exterior, donde estaban charlando el inspector Graham y Bert Hatfield. El personal de la ambulancia cerró las puertas traseras del vehículo.

Cliff dio las gracias al doctor Hatfield mientras la ambulancia se alejaba. Sólo había pasado una hora desde que Doris encontró el cadáver de Norah. Amelia se había perdido todo el incidente. Tal vez fuera mejor así. Sin teléfono móvil, había estado fuera de su alcance. Cliff se estremeció al imaginar el efecto que tendría en ella una muerte, posiblemente un asesinato.

Bert habló brevemente con Cliff, dándole el pésame por los trágicos sucesos de la mañana, y regresó a su viejo BMW. El patólogo siguió a la ambulancia por los sinuosos caminos rurales. Los alrededores de Chiddlinghurst eran una zona desvergonzadamente rural, que no se había visto perturbada por la oleada de construcción de viviendas en terrenos baldíos que había assolado las zonas verdes de los alrededores de Londres. Altos setos flanqueaban los caminos. Unas señales blancas y elegantes indicaban las distancias con una precisión de media milla, señalando lugares tan pequeños y herméticos que pocas personas no residentes en la zona tendrían ocasión de visitar. El hospital local de Carrowgate estaba a doce millas de distancia y era lo bastante grande para albergar la autopsia.

Una vez en la morgue, las primeras tareas de Bert, como siempre, fueron establecer la hora y la causa de la muerte. Sin más marcas en el cuerpo que las cicatrices de una apendicectomía infantil, el traumatismo por objeto contundente en la parte posterior del cráneo de Norah era la principal causa de su muerte, quizá la más obvia. Bert extrajo sangre para análisis toxicológicos y solicitó un análisis completo de los resultados del laboratorio, que mostrarían si Norah estaba embarazada, tomando drogas, borracha o envenenada.

Por lo general, el Dr. Hatfield desaconsejaba afeitar la cabeza de la víctima, pero en el caso de Norah resultó necesario. La herida de impacto estaba justo a la derecha de la base del cráneo, una hendidura rectangular. Había otra marca en la sien izquierda; Bert sospechaba que se había golpeado contra la bañera al caer. Utilizando su teléfono, el patólogo comprobó sus propias fotos de la escena del crimen y empezó a reconstruir la violencia que había privado al mundo de la encantadora Norah Travis.

Calcular la hora de la muerte fue sencillo. La coagulación y otros factores mostraban que habían transcurrido al menos doce horas; la muerte de Norah se había producido a última hora de

la noche del domingo. Bert volvió a la herida y la examinó de cerca. Había una marca: líneas horizontales paralelas. Se inclinó más cerca y buscó en su memoria patrones similares. Tardó un momento o dos, pero al poco tiempo estaba comparando la anchura y la altura de la herida con las de un objeto muy familiar. Bert buscó algunas dimensiones de ejemplo en Internet y, en unos instantes, pudo decir con certeza cómo habían matado a Norah Travis, olvidando brevemente su interés por las fortunas de su amado Charlton Athletic.

CAPÍTULO 8



El sargento Harris era un agente experimentado y dedicado. Hacía tiempo que había desarrollado una inmunidad a los extraños y trágicos fragmentos de vida que quedan tras la muerte violenta de alguien. Pero en este caso, había una tristeza inevitable. Norah Travis había sido joven y hermosa. Si había sido asesinada, probablemente no había sido por nada importante. Harris terminó de tomar las últimas fotos de la escena del crimen y, justo cuando guardaba la cámara, Doris Tisbury apareció en la puerta. "¿Quería verme, sargento?", dijo. Fue muy directa, con un toque de desafío en su tono desde el principio.

"Sí, gracias", respondió Harris, mucho más suave. Había llegado más lejos en las investigaciones utilizando el encanto y el ingenio que con amenazas e intimidación. "Siento que hayas tenido que ser tú quien encontrara a la señora Travis esta mañana", continuó Harris. "Nunca es algo fácil, pero lo hiciste todo bien".

Doris aceptó el elogio con elegancia. "Pero toda la prudencia del mundo no la traerá de vuelta, ¿verdad?".

Harris echó una mirada más al suelo salpicado y se marchó, haciendo señas a Doris para que le siguiera. Fueron a la habitación contigua y tomaron asiento en los sillones junto a la ventana. Harris sacó su tableta. "¿Puedes contarme exactamente qué pasó cuando encontraste a Norah?

Doris relató los hechos tan claramente como pudo. Cómo vio los pies de Norah, preocupantemente inmóviles y sin vida, y luego todo su cuerpo postrado. Rápidamente se dio cuenta de que Norah llevaba muerta algún tiempo. "Varias horas", calculó Doris con el ceño fruncido. "Yo diría que probablemente estuvo allí toda la noche. Sin nadie que la ayudara".

Reconociendo la necesidad de seguir adelante, Harris preguntó: "¿Tocaste o sacaste algo de la escena del crimen?".

"Por supuesto que no", respondió Doris de inmediato. "Lo sé muy bien. Veo infinidad de dramas policiales en la tele. Ya sabes, CSI y todos esos. Me encanta el misterio".

Harris dio un golpecito a la tableta. "A mí también, Sra. Tisbury".

"Además, no me meto donde no debo. Mi espalda no lo toleraría", dijo Doris, llevándose la mano a un punto evidentemente problemático en la base de la columna vertebral.

Harris asintió con compasión. "Sólo una pregunta más, y es sólo rutina", dijo, su habitual prefacio pacificador para lo que estaba a punto de ser una incómoda indagación. "¿Dónde estuvo entre el anoecer de ayer y el amanecer de esta mañana?".

Doris se infló ligeramente. "¿Yo?"

"Sólo rutina, como he dicho", le aseguró Harris.

"Estaba en casa", estuvo a punto de soltar. "Con mi marido y dos de nuestros nietos. Jugamos al Trivial Pursuit. Luego vi la tele con Dennis y me fui a la cama".

"Gracias, Sra. Tisbury. No quise entrometerme. Te dejaré volver a tu trabajo, ahora".

Doris se animó rápidamente. "En absoluto, sargento. Tiene trabajo que hacer".

Harris se levantó y acompañó a Doris hasta la puerta. "¿Quiere hacer algo por mí? Hágale saber al Sr. Lloyd que le agradecería un minuto de su tiempo".



Si Doris era una entrevistada franca y directa, Tim Lloyd era tan escurridizo como una anguila. Harris encontraba sus respuestas evasivas y cortas, señales de alguien con un secreto. Harris pensó que Lloyd parecía un abogado, tal vez, o un maestro de escuela, ligeramente pálido, con aquel pelo negro de petimetre que le daba vueltas alrededor de los ojos al girar la cabeza. A Harris le pareció nervioso, tal vez incluso un poco culpable.

"¿Cuándo conoció a la señora Travis?"

Tim infló las mejillas. "¿Le importa que la llamemos Norah?", preguntó. Tenía las manos inquietas, como si le apeteciera un cigarrillo.

"¿Cuándo conoció a Norah, señor Lloyd?". repitió el sargento Harris.

"¿Por qué necesita saberlo?". En respuesta, Harris enarcó un poco las cejas. "Trabajábamos en el mismo edificio cerca de Marble Arch", dijo Tim.

"¿Y...? volvió a preguntar Harris.

"A veces tomábamos café en la misma máquina y entablamos una especie de amistad".

"¿Y hasta qué punto os hicisteis amigos?" preguntó Harris. Podría haberlo dicho con más delicadeza, pero se había cansado de las evasivas de Tim.

"No sé si eso tiene algo que ver con...".

"Por favor, señor Lloyd", dijo Harris, por tercera vez en aquella entrevista. "Responda a la pregunta, ¿quiere?"

"Habíamos tomado café algunas veces, fuera de la oficina", explicó Tim. "Pero nada más".

"¿Y le recomendaste que se quedara aquí?", incitó Harris.

"Sí. El Lavanda es mi hogar lejos de casa. Me gusta alejarme del estrés de la vida en la ciudad y de mi trabajo. Mis padres me trajeron aquí cuando tenía siete años. Muchos recuerdos. Además, Amelia y Cliff son geniales".

"Seguro", dijo Harris. "¿Y dónde estuviste ayer por la noche?"

"Cené con los demás. El salmón estaba delicioso. Luego me fui a la cama".

"¿Estuvo solo, señor?"

"No veo por qué eso es asunto suyo".

Harris suspiró. "Responda a la pregunta, señor".

Tim resopló. "Sí, lo estaba, si quiere saberlo".

"Gracias. Es todo lo que necesito por ahora, señor. Puede irse".

"Mire, estoy tan decidido como usted a averiguar quién hizo esto", soltó Tim. "He trabajado en casos criminales antes".

Harris se alzaba sobre Tim. Durante un extraño segundo, Tim se preguntó si el uniforme de Harris se abriría de golpe para liberar un monstruo-oso parecido a Hulk en su interior, pero el sargento se limitó a fulminarle con la mirada. "Creo que el inspector Graham ya le ha dado instrucciones al respecto".

Tim tragó saliva. "Así es.

"Déjalo en paz", dijo Harris, sólo como refuerzo. Luego, volvió a ser el servicial bobby con un deber solemne. "Gracias por su tiempo, señor. Nos pondremos en contacto con usted si le necesitamos", dijo, dando golpecitos al teléfono móvil que llevaba en el bolsillo del pecho.



Harris alcanzó al inspector Graham en la recepción. El inspector estaba al teléfono.

"Gracias, Bert. Buen trabajo". Graham terminó la llamada y se volvió hacia Harris. "Bien, Sargento, la autopsia ha terminado y ya tenemos los resultados. Ahora, ¿quién respondió "palo de golf" como arma homicida?"

"Yo no", admitió Harris, bastante sorprendido. "Realmente no pertenece a un cuarto de baño".

Graham se encogió de hombros. "Es lo que tienen los asesinatos, ¿no? Nunca suceden como uno preferiría. En su mayor parte, son crímenes pasionales, cometidos de repente y con poca planificación."

"Efectivamente, señor", le dijo Harris. "Todo lo que necesitamos ahora es encontrar la bendita cosa".

CAPÍTULO 9



"H e interrogado al ama de llaves, el que encontró el cuerpo, y al otro huésped, Tim Lloyd. Eso deja a los propietarios. No había nadie más aquí anoche". Harris dio la vuelta al registro de huéspedes para mostrárselo a su jefe. "Sólo estaban ocupadas las dos habitaciones de huéspedes, la de Lloyd y la de la víctima. Anteayer se marchó un grupo de jubilados, algo relacionado con una competición de bolos".

La ceja de Graham se levantó con curiosidad. "¿Bolos? ¿Con las pistas, los strikes y demás?".

Harris le vio el lado gracioso pero contuvo la risa. No sería bueno que Graham creyera que se estaban burlando de él. "Bolos verdes coronados, señor. Con la blanca pequeña y la..."

"La jota", le dijo Graham. Harris le dirigió una mirada inquisitiva. "Sólo le tomaba el pelo, sargento. Mis abuelos jugaban. Y se les daba bastante bien".

Harris consultó su tableta, que le parecía tan indispensable como un bolígrafo y un bloc de notas para un oficial de dos generaciones anteriores. O incluso una, reflexionó Graham. Era fácil parecer un dinosaurio hoy en día si no habías cedido la dirección de tu vida -y las obligaciones básicas de tu profesión- a un par de artilugios. Como le había explicado a un joven agente el otro día, Graham era más de la "vieja escuela". El joven se limitó a encogerse de hombros y volvió a su teléfono.

"¿Los entrevistamos juntos? El señor y la señora Swansbourne", preguntó Harris.

"Hagamos primero al 'señor'", le dijo Graham. "Estaba en la casa cuando se encontró el cadáver, ¿verdad?".

"Sí, señor".

Bajo su interrogatorio, Cliff confirmó su versión anterior de los hechos y añadió algunos detalles, como que había advertido a Tim que se mantuviera alejado del cadáver. "También creo que oí algo mientras estaba en la cama anoche".

"¿De qué dirección vino el ruido, Sr. Swansbourne?" preguntó Graham.

Cliff se encogió de hombros: "No sabría decirlo. ¿Del exterior? O quizá del otro lado del césped, del otro lado del edificio, donde están las habitaciones de huéspedes. Este lugar es tranquilo en este momento y el ruido se transmite. No eran gritos ni nada extraño". Cliff se sonrojó. "Incluso podrían haber sido animales. No puedo precisarlo. Me estaba quedando dormido. Ojalá pudiera ser de más ayuda, inspector", dijo Cliff.

Amelia fue mucho más enfática.

"¿Un grito?" Graham quería que se lo confirmara.

"Claro como el día", le prometió Amelia. "Desde la habitación de Norah, o cerca de allí. Pero habría jurado", dijo, con el puño en la palma de la mano para dar énfasis, "que procedía directamente de su habitación."

"¿Qué clase de grito?" preguntó Harris.

Desconcertada durante un segundo, Amelia dijo: "Un grito incontrolado".

"¿Podría haber sido 'Socorro'?" preguntó Harris.

"No, no lo creo. Más bien '¡Ajá!', como un descubrimiento o una sorpresa de algún tipo", continuó.

"¿Una sorpresa buena o desagradable?". preguntó Graham.

"Es difícil de decir", respondió Amelia. "Es difícil pensar en ello como un sonido feliz, ahora que ella...".

Harris había aprendido a reconocer rápidamente cuándo sus entrevistados necesitaban una pequeña reorientación. "¿Dices que estabas en el jardín cuando oíste el grito?"

"Sí", dijo Amelia. "Los domingos por la mañana me dedico mucho a la jardinería. No es que usted sería capaz de decir, hoy". Miró con pesar un grupo de hojas rebeldes, aunque Harris pensaba que los jardines estaban casi perfectos.

"Fui a su habitación a ver si estaba bien, pero me abrió la puerta como si nada. Me fui con la cara llena de huevo, sin saber nada más. Realmente no puedo ayudarles más que eso."

"Muy bien, Sr. y Sra. Swansbourne, gracias por su tiempo." Los policías terminaron sus notas y se levantaron para despedirse.

"Los jardines se ven espectaculares", le dijo Graham a Amelia. "Un verdadero logro".

"Gracias, pero no gané en ninguna de las categorías en la Sociedad de Horticultura el año pasado", recordó Amelia con amargura. Le costaba aceptar cumplidos en el mejor de los casos. Y con la nube de una investigación de asesinato arremolinándose a su alrededor, ahora no era el mejor momento en absoluto.

Graham hizo un gesto de despreocupación. "Esas cosas siempre se arreglan. Es un tinglado. Décadas de dominio del crimen organizado", añadió con un guiño. "Es como un baile de mafiosos".

Los dos policías disfrutaron viendo a Amelia reírse a carcajadas durante medio minuto, todos ellos agradecidos por el bienvenido respiro de la pesadez de su situación.

Después de que Amelia se recompusiera, dijo: "¿De verdad creen que Norah fue asesinada?". La violencia era una incongruencia totalmente inoportuna en el mundo tranquilo y comedido de la Posada de la Lavanda.

"Yo diría que sí", respondió Graham. "Sé que no es lo que quieres oír, pero todo apunta en esa dirección en este momento". Sacudiendo la cabeza ante la insensible interrupción de sus tranquilas vidas, y el final definitivo de la de otro, Amelia dejó a los dos hombres con su trabajo. Pero algo preocupaba a Graham. "Me pone nervioso", le dijo a Harris, "que no haya ni rastro de un sospechoso. Suele significar que hay una historia jugosa que aún no he oído".

Harris vio su oportunidad. "¿Debería invitar al Sr. Lloyd a unirse a nosotros de nuevo, señor?"

CAPÍTULO 10



De vuelta en la habitación de invitados vecina a la de Norah, Tim Lloyd se estaba volviendo aún menos cooperativo ahora que tenía dos oficiales con los que lidiar. "Su marido no era un buen tipo", explicaba Tim. "No era bueno para ella".

Graham dejó que Harris hablara más. La aspereza y la gravedad naturales de Harris daban un toque a las preguntas, y su tono era de los que advertían a Tim de que mentir era desaconsejable. "Entonces, ¿por qué se casó Norah con él?". preguntó Harris.

Tim se encogió teatralmente de hombros. "Algunas mujeres no tienen lógica, sargento".

"Un momento", intervino Graham. "Tu declaración anterior hace que Norah suene como alguien con quien ocasionalmente tomabas café. Quién sabe, quizá un taxi rápido hasta tu casa para hacer novillos una tarde. Y ahora -continuó Graham, levantando una mano que silenciaba las objeciones de Tim-, eres un experto en su matrimonio, en sus pruebas y tribulaciones. Suena como si estuvieras actuando como una especie de consejero matrimonial aficionado".

"Nunca dije que fuera un experto. Simplemente me contó muchas cosas sobre su situación, y vi su necesidad de alejarse de todo. Así que le recomendé este lugar". Se detuvo, con los ojos bajos. "Y ahora está muerta".

Harris le dio un momento a Tim antes de hacer su siguiente pregunta. "¿Qué puede decirnos de su marido?"

Tim respiró hondo y pareció abstraerse unos segundos, mirando por la ventana. Luego habló con sinceridad. "Un desgraciado, como he dicho. Debería haberse divorciado de él hace años. A veces decía que nunca debió casarse con él".

"Continúa", dijo Harris, tecleando continuamente.

"Él nunca estaba contento con nada de lo que ella hacía. Siempre quería que cambiara de aspecto, de peinado, ya sabes, siempre buscando el siguiente modelo al que subirse. Y es un don nadie -dijo Tim, la frustración daba a su voz un filo de sierra-, un vago, un tramposo de las prestaciones. Un estafador, y ni siquiera uno muy bueno".

"Parece un verdadero encanto", comentó Graham con ironía. También suena como la sartén por el mango. Después de todo, el imponente Adonis que es Tim Lloyd tampoco es el partido del día. Sobre todo teniendo en cuenta el aspecto de Norah. Podría haber tenido a cualquier hombre del mundo.

"Es escoria", les dijo Tim Lloyd con sorprendente vehemencia. "Apostaría mi maldita casa a que él hizo esto".

"Tranquilo, señor Lloyd", dijo Harris. "Esto será más fácil si todo el mundo mantiene la

calma". Otra frase estándar de pacificación, sacada directamente del manual, pero que casi siempre funcionaba.

Graham se apartó ligeramente del marco de la puerta contra el que había estado apoyado. "¿Juega al golf, señor Lloyd?", preguntó.

"¿Golf?"

"Sí, señor. Ya sabe, la pelotita blanca, St. Andrews, la Ryder Cup, el decimonoveno hoyo....".

"Claro que juego al golf", espetó Tim. "Casi todos los que se quedan aquí lo hacen. Estamos justo al lado de un gran campo de golf. ¿Y qué?"

"Tus palos. ¿Dónde están?" Graham insistió.

"En la casa club", le dijo Tim. "¿Por qué lo preguntas?"

"Por mera rutina", respondió Graham. "Y una última pregunta, señor Lloyd, si no le importa. ¿Puede dar cuenta de su paradero el domingo por la noche?"

Tim miró a ambos con timidez y luego dijo: "Ya se lo he dicho a su hombre. Estaba en mi habitación, al otro lado del pasillo".

"¿No con Norah, entonces?" quiso confirmar Graham.

Tim sacudió tímidamente la cabeza. "Estaba... ¿Cómo decirlo?". Tim dijo. "En la caseta del perro. Dije un par de estupideces. Todo por mi culpa. Dormí solo, a petición de Norah".

Graham apuntó sus habituales notas detalladas y se dispuso a marcharse. "Ya veo. ¿Así que confirma que tenía una relación con la víctima?"

"Bueno, más o menos. No una muy estable o establecida, obviamente". Tim levantó la vista. "Pero lo intentaba. No soy un canalla. Norah era muy... libre. Y yo no la maté".

"Entendido. Gracias por su tiempo, Sr. Lloyd. Sargento, ¿vamos?"

Los dos policías salieron juntos, Harris cerró la puerta tras ellos. Eran casi las cuatro de la tarde y ninguno de los dos había encontrado tiempo para comer entre las entrevistas, fotos, especulaciones y conjeturas con las que habían pasado el día. Harris sacó el teléfono y pidió indicaciones para llegar a un pub de un pueblo vecino, donde era menos probable que reconocieran al inspector Graham, y donde podrían reflexionar tranquilamente. Quince minutos más tarde, encontraron el Fox and Fable casi perfecto y nada concurrido. Mientras tomaban una copa tranquilamente y un tazón de las famosas patatas fritas caseras cortadas a mano de Mary-Anne, los dos agentes sopesaron el caso hasta el momento. Lo encontraron muy delgado.

"Tendremos que esperar a que Bert nos cuente más cosas sobre la causa de la muerte", dijo Graham a su colega. "Pero se nota que tienes ganas de perseguir al marido celoso".

"Lo estoy", convino Harris, masticando una patata frita, "¿pero no suelen los ex maridos locos pegar también al nuevo novio?"

Graham asintió. "Aparece, los encuentra juntos, quizá incluso in fraganti, y luego lo echa a patadas antes de golpear a su ex mujer en la cabeza con un palo de golf. Sencillo".

"¿Qué? ¿Lloyd no se queda y la defiende?". argumentó Harris.

"No, ¿qué tal si da media vuelta y se larga, dejando a la indefensa Norah a merced de la furia celosa del marido indignado?", dijo Graham, continuando con el hilo.

"¿Y Lloyd no denuncia el asesinato ni llama a una ambulancia? ¿Simplemente se queda en el B&B hasta que la pobre señora Tisbury encuentra a Norah a la mañana siguiente?"

Graham suspiró. "Es un poco escaso, ¿no?"

Harris asintió. "Es un cabrón. Y luego, por Dios sabe qué razón, Lloyd pisotea toda la escena del crimen como si fuera una especie de Sherlock-Holmes sangriento aficionado", añadió Harris. "Contaminando las pruebas."

"Bert podrá decirnos si algo anda mal", dijo Graham. "Es un hombre meticuloso. Yo también

sospecho de Lloyd. Norah podría haberle rechazado y él, en un arrebato de ira, podría haberla golpeado en la cabeza. ¿Recuerdas que el señor Swansbourne creyó oír ruidos en su dirección?"

Harris terminó su pinta. "Bueno, lo primero es lo primero. Tenemos que hablar con el marido".

"Sí", dijo Graham, terminando su propia bebida. "Pero no creo ni por un segundo que se alegre de vernos".

Harris sintió vibrar su teléfono. "Oh, encantador júbilo", dijo. "Comprobación de antecedentes del mencionado Sr. James Arthur Travis de la pintoresca Peckham en el sur de Londres". Harris resumió el informe para la DI. "Dos condenas por delitos de conducción, permiso suspendido debido a una segunda condena por conducir en estado de embriaguez". Harris se rió como solía hacer su abuela. "Tres detenciones y dos amonestaciones por peleas en el vecindario, un cargo de agresión a un agente de policía, posteriormente retirado. Cumplió tres meses por reyerta y alteración del orden público, pero los otros casos no llegaron a juicio".

"Un tipo encantador", dijo Graham alegremente. "Lo llevaré a casa el próximo fin de semana para que conozca a mi madre".

Harris siguió leyendo. "Actualmente la dirección es bla-bla, el número de teléfono, ya sabes lo que hay que hacer... Ah, ¿qué es esto?". dijo Harris, inclinando ligeramente el teléfono. "'Sospechosa implicación en el atraco a la joyería Hatton Garden'", leyó, con las cejas enarcadas, "'ya sea como asesora o cómplice en cierta medida. No se han presentado cargos". Qué carrera tan brillante y variada la del joven. Esposa declarada como Norah Taylor, veintisiete años, 'distanciada'".

"Necesitan actualizar esa última parte", añadió Graham con tristeza. "¿Le apetece un viaje a la brumosa ciudad de Londres mañana, sargento?"

CAPÍTULO 11



"Supongo que será mejor que entres". La casa era una copia idéntica de todas las que la rodeaban, pulcra pero un poco cuadriculada, con una estructura para trepar en el jardín delantero y una manguera desmoronada y olvidada apoyada contra la pared. No le habría venido mal una mano de pintura y tenía un aspecto bastante desolado bajo el típico cielo nublado de Londres a media mañana. Sin embargo, Graham tuvo cuidado de no juzgar a Nikki Watkins durante una de las peores semanas de su vida.

"Me gustaría empezar -dijo Graham con delicadeza mientras tomaban asiento en dos sofás de un salón que olía a humo de cigarrillo- expresándole nuestras condolencias, señora Watkins. El fallecimiento de su hermana es una tragedia, y quiero que sepa que estamos poniendo todo nuestro empeño en averiguar qué ha ocurrido."

Nikki tenía quizá treinta años, pero los cigarrillos y la ginebra barata estaban haciendo mella en su piel. No dijo nada, pero encendió un cigarrillo con un mechero de butano grande y pesado y se sentó con las piernas cruzadas en el sofá frente a los dos agentes.

"Hemos interrogado a todos los de la posada y esta tarde hablaremos con el señor Travis", añadió Harris.

Nikki emitió un extraño resoplido desdeñoso y dio una calada enorme a su cigarrillo antes de echar la cabeza hacia atrás y lanzar una nube de humo gris al aire cargado de smog. "Ese cabrón", graznó. "Un saco de inútiles..."

"¿Se refiere al Sr. Travis?" El sargento Harris lo comprobó mientras tecleaba.

"Se ha librado de tres condenas de cárcel. Engaña en sus impuestos, en sus beneficios, el maldito lote. Pero no, Norah nunca vio ese lado de él, ¿verdad? Siempre lo defendía, al menos cuando estaban juntos. Siempre estaba soltando tonterías sobre que él 'tenía un sueño' y 'albergaba ambiciones'". Nikki resopló desde su nube de humo. "Como si ese hombre pudiera encontrar su propio culo con las dos manos, un mapa y una brújula", resopló. "Es un perezoso, poco bueno..."

Graham podría haber terminado el resto él solo. Había entrevistado a cientos de personas como parte de sus investigaciones -quizá más de mil, a estas alturas- y siempre había un personaje en la historia que nunca había caído bien a los demás, el que era objeto de burla, la decepción perpetua, el que se había defraudado a sí mismo o había mantenido la compañía equivocada. Casi siempre joven, era el que todos daban por sentado que "nunca llegaría a nada".

"Sra. Watkins, ¿podría arrojar algo de luz sobre su relación? Norah parece haber permanecido con él mucho más tiempo de lo que muchos lo habrían hecho." Graham estaba

haciendo lo mejor que podía, pero no había forma sutil de preguntar lo que muchos se habrían preguntado. ¿Cómo un perdedor total como Travis enganchó a una bomba rubia como Norah?

"Se casaron jóvenes. Demasiado jóvenes", les dijo Nikki. "Ella quería alejarse de nuestros padres, benditos sean, y Travis le prometió que estaba en la buena onda, que viajarían por la Riviera Francesa o irían de compras a Nueva York. Y se lo tragó!" exclamó Nikki, todavía asombrada de que su hermana hubiera podido ser tan crédula. "Después de dos años de felicidad conyugal, por fin se despertó y olió el café. Por fin, Norah reconoció lo que todos sabíamos: que no era más que una farsa. Sin perspectivas, sin educación. Sólo un delincuente profesional, esperando su gran oportunidad".

Harris tecleaba rápidamente, mientras Graham hacía anotaciones más cortas y jeroglíficas en su bloc de notas.

"Pero ni siquiera le salían bien los delitos", comentó Nikki con amargura. "Siempre le pillaban o era sospechoso y tenía que pasar desapercibido. Varias veces", recordó. "Un delincuente crónico, incluso cuando estaba en el lado equivocado de la ley".

Graham tomó nota de nuevo y luego dijo: "En realidad, señora Watkins, preferimos que nuestros criminales sean incompetentes y torpes. Así es más fácil atraparlos", sonrió.

"Bueno, le pillaron bien, pero no se quedó nada. Al final, Norah se dio cuenta de lo que pasaba y decidió no pasarse tres o cuatro años visitando a ese inútil en la cárcel, intentando mantener la compostura fuera mientras él se relajaba en una guardería para estúpidos imperdonables, y se marchó. Y no antes de tiempo".

Harris enarcó una ceja hacia el DI, que le devolvió la mirada. "Lo que realmente estamos tratando de decidir", explicó Graham, "es si el señor Travis debe ser considerado sospechoso".

Nikki dejó caer la ceniza de su camiseta negra en un ataque de risa gutural. "¿Sospechoso?", resolló. "¡Tiene que ser sospechoso! ¿Quién demonios más podría haber hecho algo así?".

"Tenemos las mismas sospechas que usted, señorita Watkins, pero hasta que podamos demostrarlo más allá de toda duda razonable, el señor Travis sigue siendo una persona de interés en este caso", explicó Graham, "pero todavía no un sospechoso".

Nikki casi escupió sus siguientes palabras. "Piensa lo que quieras. Hagan sus entrevistas, pongan a sus técnicos de laboratorio a trabajar en ello, analicen su ADN y sus huellas dactilares, y lo que quieran. Pero sé, ahora mismo, aquí sentada, que perdió el control. No pudo manejar que ella lo dejara. Fracasó en los negocios, en la escuela, en el crimen, y ahora también en su matrimonio."

"¿Qué hizo que finalmente se fuera?" Harris preguntó.

Nikki se mostraba reacia ahora. "No sabría decirle", se encogió de hombros, pareciendo repentinamente reacia a hablar mal de su ex cuñado.

"Creo que puede, señorita Watkins", dijo Graham con todo el ánimo amable que pudo, "e incluso si no cree que sea relevante, o no está segura de que sea cierto, podría ayudarnos".

Nikki cogió un cigarrillo antes de darse cuenta de que ya tenía uno humeando entre sus dedos amarillentos. Inhaló el último cuarto de pulgada de tabaco con el entusiasmo de quien disfruta de un placer difícilmente repetible, y luego dejó escapar el humo en una nube ligeramente gris de gases nocivos. Cogió el siguiente cigarrillo antes de apagar el anterior.

"Salía con un hombre. Un hombre agradable", dijo suavemente. "Trabajaba cerca de su oficina en Marble Arch, creo que sí".

Con los dedos recorriendo a toda velocidad la pantalla de su tableta, Harris preguntó: "¿Se llamaba Tim?".

"Sí." Nikki hizo una pausa. Incluyó ligeramente la cabeza. "No está metido en esto,

¿verdad?".

"¿Qué puedes decirnos de él?" Graham preguntó.

"Sólo lo vi una vez. Parecía simpático. Desde luego, mucho mejor que ese despreciable ex marido suyo", dijo Nikki con veneno. "Norah habló de irse con él. Sólo como amigo, dijo".

"¿Su ex sabía de la amistad de Norah con Tim?".

Nikki apagó su segundo cigarrillo sin dar una calada y dejó el cenicero a un lado. "No, no creo que lo supiera. Pero, ¿sabes qué? Travis no tenía ni idea de ella. Suponía que él era el centro de su mundo, igual que él era el centro del suyo. Creo que fue tan estúpido como para creer que Norah volvería con él, incluso después de todo". Nikki sacudió la cabeza con incredulidad. "Quiero decir, rompió sus votos matrimoniales antes de su primer aniversario. Vio a otras mujeres, la golpeó... Tenía moratones una noche, no tres meses después de casarse. Le dije que llamara a la policía, pero ¿lo haría?".

Harris respondió. "¿Alguna vez lo denunció? Siempre animamos a las víctimas de violencia doméstica a denunciar, Sra. Watkins".

Otro bufido burlón. "¿Y qué demonios cree que habría hecho el viejo Jimmy con eso?", preguntó. "¿Su vida no habría merecido la pena!".

Graham siguió el hilo un poco más. "¿Crees que Norah quería acudir a la policía y tal vez su marido la amenazó?".

Nikki se apoyó en el respaldo del sofá. "No sabría decirlo. Se peleaban como perros y gatos, pero eran marido y mujer, ¿me entiendes? Ella sentía una extraña lealtad hacia él. Solía decir: 'Cuando uno está casado, ama junto, lucha junto y, si llega el momento, cae junto'".

Sus palabras recordaron a Harris algo que un consejero matrimonial le había dicho una vez durante la primera separación de su mujer, Judith: "Para un matrimonio hacen falta dos. Con uno no basta".

"No creo que ella le hubiera delatado nunca", continuó Nikki. "No, creo que se le fue la olla una noche y fue a verla. Que ella tuviera una vida separada no le habría sentado bien. Probablemente las cosas se le fueron de las manos". La cara de Nikki se volvió malhumorada y se cruzó de brazos. "Tenéis que encontrarle y hacerle bajar".

Cuando los dos hombres se marcharon, Nikki estaba pálida y alterada. Tenía esa mirada que Harris y Graham habían visto con demasiada frecuencia. Era el dolor de la pérdida, súbita, irreversible e imposible de soportar, que seguiría doliendo, molestando y royendo durante años.

En la experiencia de Graham, lo único que podía mitigar ese tipo de dolor era ver a la persona responsable en el banquillo de los acusados, condenada y sentenciada. La condena del autor del crimen a años de miseria en prisión ofrecía una forma de borrón y cuenta nueva kármica, y sólo entonces se podía llorar la pérdida de la persona. Comprender esto dio a Graham una ventaja, una resolución extrañamente emocional, una determinación férrea. Encontraría ese cierre para Nikki. Por ella y por sí mismo, encontraría al asesino, quienquiera que fuese.

CAPÍTULO 12



"25.000 libras", replicó Harris.

"Ceder", dijo Graham. "No se puede pedir más de £ 210.000 para eso."

"Muy bien, ¿y ésta?" Harris señaló otra casa de ladrillo mientras conducían lentamente por la calle. Buscaban el número ochenta y ocho.

Graham evaluó la casa, como solían hacer en calles como ésta. "Necesita canalones nuevos, el patio no está muy bien. Digamos, ¿205.000 libras?"

Harris participó en la disputa sobre los escandalosos precios de las propiedades en Londres. "Doscientas", dejó que la gigantesca suma se hundiera, "¿y cinco mil libras?"

"Yo diría", dijo Graham.

"¿Por eso? No estamos en el maldito Kensington", le recordó Harris.

"No se está cayendo ni nada. 205.000 libras suena razonable".

"Jesús, pero éste sí que se está cayendo", murmuró Harris mientras aparcaban frente al número ochenta y ocho. "Arrastra a todo el vecindario. ¿Cuánto pagarías?"

Graham hizo una mueca. "160.000 libras más o menos, pero lo comprarías por el terreno y empezarías de nuevo".

"Creo que podemos dar por sentado que el señor Travis no es un hombre dado a ataques espontáneos de mejoras en el hogar", concluyó Harris. Luego sonrió a su jefe. "Verás, cualquier día de estos me hago detective".

James Travis había establecido su hogar en lo que era con mucho la mitad menos agradable de una vivienda pareada, a unos tres kilómetros de la dirección de su cuñada e incómodamente cerca de una de las principales líneas de ferrocarril que traían a los viajeros desde el sur. El patio delantero era un revoltijo de hierba lacia y enmarañada y detritus: una bicicleta infantil desechada con una sola rueda, huesos de perro bien masticados y un gnomo de jardín azul y rojo que parecía el blanco favorito de alguien con un rifle de aire comprimido. Graham llamó a la puerta, donde la pintura verde se había descascarillado.

"Buenas tardes", dijo Graham cuando se abrió la puerta. "¿Es usted el Sr. Travis?"

En la puerta había un hombre de unos treinta y cinco años, delgado y sin camiseta. Tenía el pelo rubio y corto y una expresión de desprecio. "¿Eh?"

"Soy el detective inspector Graham, señor. Este es el sargento Harris. Nos gustaría hacerle unas preguntas".

"¿Sobre qué?" Travis preguntó desafiante.

Su ex mujer, que murió violentamente no hace ni dos días, troglodita ignorante. "Estamos

investigando la muerte de Norah Travis, señor. Habló con uno de mis colegas de Londres esta mañana. Ayer estuve en la escena del crimen en Chiddlinghurst", dijo Graham.

"¿Y qué?" preguntó Travis. "¿Cree que fui allí y la asesiné?"

Graham se aclaró la garganta. "¿Podríamos hablar dentro, por favor, señor Travis?"

"¿Por qué?"

El tono desafiante, el aspecto desaliñado de Travis y el lamentable estado del lugar eran datos útiles para Graham. Por sí solos, quizá no implicaran a James Travis en el asesinato de su ex mujer, pero ofrecían pistas sobre el carácter del hombre. Cualquiera con olfato, sentido de la justicia social o entusiasmo por la compasión humana habría encontrado a Jimmy repugnante. Era como un cabeza rapada lobotomizado con poppers. Pero Graham había aprendido hacía tiempo que todo el mundo tiene una rica vida interior, una contrapartida invisible al aspecto de sí mismo que muestra al público. Aunque ahora pudiera parecer de una manera, James Travis era casi con toda seguridad más complicado de lo que su exterior huesudo y vagamente anarquista pudiera sugerir. Descubrir si ese interior era loable era la misión de Graham.

"Esta no es una conversación que quiera tener en la puerta de su casa, señor, con todos los vecinos viendo. ¿Podemos?" No era una pregunta verdadera y Harris casi se abalanzó sobre Travis para entrar en la casa. Al igual que la de Nikki, olía a cigarrillos y también a tostadas quemadas, con un atractivo estético que, en opinión de Graham, estaba un peldaño por encima de un fumadero de crack.

"¿Cuándo vio a su ex mujer por última vez, señor Travis?". preguntó Graham una vez que todos estuvieron sentados alrededor de la mesa de la cocina. Sentarse en el salón habría requerido dos horas de limpieza asidua.

"No me acuerdo", respondió Travis. "Han pasado años. No tengo ni idea de dónde ha estado durmiendo ni nada".

Harris intentó algo. "Lamentamos su pérdida, señor Travis. Es una tragedia".

"¿Eh?" Travis aún no había localizado una camisa ni ofrecido nada de beber a los agentes. "¿Una tragedia? Sí, claro, amigo. Llámalo como quieras. Pero para mí, ella era un grano en el culo cuando nos casamos, y ha sido un grano en el culo desde entonces", se quejó.

Los dos policías intercambiaron una mirada. "¿Puede dar cuenta de su paradero el domingo por la noche, señor?". preguntó Harris.

"En Hackney. Con un grupo de amigos. Cogí el último autobús de vuelta sobre las tres de la madrugada", les dijo Travis.

Graham preguntó a continuación: "¿Por casualidad juegas al golf?"

Una mirada escéptica sacudió el rostro de Travis. "¿Que si hago qué?"

Por segunda vez desde que comenzó la investigación, Graham se dispuso a explicar los fundamentos de un deporte mundialmente popular. "Golf, ya sabe, con los palos y la pelota".

"No, Detective Jefe como-se-llame, yo no juego al maldito golf. Eso es para pijos, ¿no? ¿Tengo pinta de ser un maldito pijo?"

Graham dejó que Harris hiciera el resto de las preguntas básicas de la entrevista mientras él husmeaba por la casa. No encontró nada que le interesara. Travis parecía ser por dentro exactamente quien decía ser por fuera: un vago desaliñado con tendencias criminales de bajo nivel. Cuando regresaron al coche, Graham le dio a Harris las indicaciones para volver a Chiddlinghurst y le explicó su teoría.

"Haremos que los de Hackney comprueben las coartadas de Jimmy, pero te diré ahora mismo que no creo que matara a Norah".

Harris miró a su jefe. "¿En serio?"

"Te apuesto cien libras. Oh, se alegró de librarse de ella -observó Graham-, pero nada en él, por desagradable y cavernícola que pudiera parecer, me gritaba 'asesino'. Y he conocido a más de uno. No es lo bastante ingenioso como para llegar a los condados por su propia voluntad, asesinar a alguien en un lugar desconocido, inventarse una coartada y fingir inocencia. Es demasiado limitado".

"Entonces, hay algo más aquí además del marido celoso y la ex mujer con el nuevo novio", observó Harris.

"¿Podría haber sido Tim Lloyd?" Se preguntó Graham. "Y, de ser así, ¿por qué?", dijo a continuación, contemplando el tráfico. Empezaba a llover, ligera pero persistentemente.

"O, por decirlo de otro modo, señor, ¿por qué Tim la mataría y luego se quedaría en el hotel durante las doce horas siguientes para que la policía local pudiera interrogarlo como parte de la investigación de un asesinato? ¿Qué ventaja tenía quedarse, una vez cometido el hecho?". Harris cambió de carril para adelantar a un autobús lleno de adolescentes, algunos de los cuales se entretuvieron durante el trayecto saludando con dos dedos a los agentes.

"Para mantener la impresión de inocencia", dijo Graham, ignorando a los adolescentes revoltosos, "siempre imaginamos que el asesino ataca y luego huye del lugar. Pero más a menudo de lo que se piensa, el asesino se queda por allí, recaba información e intenta pasar desapercibido. Algunos criminales se divierten viendo el enorme revuelo que generan sus crímenes. Por eso suelen volver a visitar la escena del crimen".

Harris se lo pensó. "¿Ves a Tim Lloyd como el tipo de persona que mata a alguien y luego es lo bastante guay como para quedarse por ahí?".

"No lo veo. Pero tampoco me encanta la teoría que implica que el asesino entró por la calle, golpeó a Norah en la cabeza y luego desapareció. Es decir, existen los asesinatos por encargo, pero son excepcionalmente raros y parecen inverosímiles en este caso."

Harris asintió. "Y no veo al señor Travis desembolsando un par de miles para que alguien se cargue a su mujer".

"Ni siquiera por un minuto", estuvo de acuerdo Graham. Sonó su teléfono. "Es Bert. Sabes dónde girar, ¿verdad? Cruce once". Harris asintió y Graham cogió la llamada. "Hola Bert, ¿cuáles son las buenas noticias?" Graham escuchó un minuto, dio las gracias al patólogo y colgó. "Ha identificado nuestra arma homicida".

"Espera, ¿qué? Ya sabemos que fue un palo de golf". preguntó Harris, confuso.

"No, perdón, quiero decir que Bert sabe qué tipo de palo de golf era".

"Ah", dijo Harris.

"Era un driver". El inspector Graham hizo otra anotación en su libro. "Grande, potente. Ideal para derribar a una mujer indefensa y eliminarla".

"¿Podría haber sido empuñado por otra mujer?" Harris dijo.

"¿Quién, Amelia? ¿Qué posible motivo podría tener?"

"¿O Doris?", intentó a continuación el sargento. "Decide que está harta de que la gente deje sus toallas sucias en el suelo", dijo, afectando el acento norteno de Doris.

"Sea serio, sargento", dijo Graham con suavidad. "Además, Doris tiene una coartada de oro".

"Vaya, joder", dijo Harris, desinflado.

"En efecto", convino Graham.

CAPÍTULO 13



El crepúsculo se estaba asentando en el pueblo de Chiddlinghurst cuando los dos agentes regresaron. Se dirigieron directamente a Lavender y aparcaron el coche de policía en el camino de grava de la entrada. Graham siempre se sentía un poco cohibido por aparecer en un vehículo policial tan visible, pero su propio Audi sin matrícula estaba en Londres. Justificó sus recelos alegando que era razonable pensar que el público adquiriría seguridad y confianza al ver la placa de la policía, sobre todo justo después de un espantoso e inesperado asesinato en pleno centro de la ciudad.

Cliff Swansbourne les recibió en la puerta. "Bienvenidos de nuevo, viajeros. ¿Habéis encontrado respuestas en Londres?"

Graham se despojó de su traje chaqueta y se aflojó la corbata. "Algo así, señor Swansbourne. ¿Podríamos molestarle con una taza de té?"

"Por supuesto", respondió Cliff, pero luego pareció hacer una ligera seña a los dos hombres para que le siguieran. "Tengo un par de detalles que quería comunicarle", susurró. "Cosas que podrían ayudar a tu investigación, ¿sabes?"

Se retiraron a la cocina, lo que a Graham le pareció un poco demasiado cauteloso, dado que la posada estaba prácticamente vacía. "Ya ha sido de gran ayuda, señor Swansbourne", decía Graham. "No debe de haber sido fácil..."

"Tim Lloyd", dijo Cliff sin más preparación. "He hablado con él hoy temprano, mientras estabas en la ciudad". Cliff echó una bolsita de té en una tetera notablemente antigua y la siguió con agua hirviendo. "Amelia también estaba allí, pero esta noche visita a su hermana. Todos los martes por la noche, sin falta. Investigación de asesinato o nada".

"Nada más importante que la familia", aportó el sargento Harris, y luego hizo una leve mueca de dolor.

Graham tomó la taza de té que le ofrecían. "¿Qué tenía que decir el señor Lloyd? Por favor, sea preciso. Estoy seguro de que no hace falta que le recuerde -dijo, cogiendo su cuaderno- la gravedad de este asunto. Debes transmitir todo lo que dijo, palabra por palabra, si puedes".

Cliff asintió. "Es que... Bueno, conocemos a Tim desde la primera semana que nos hicimos cargo del local. Le encanta estar aquí. Un hogar lejos de casa, todo eso. Él nunca ha causado ningún problema, excepto tal vez sólo de vez en cuando ser un poco demasiado familiar. Somos hoteleros, no su familia, aunque ha sido muy amable y un huésped habitual. Amelia lo consiente", explicó Cliff, volviéndose hacia Harris. "Tiene debilidad por él. De hecho, me dijo que no le contara nada de esto, pero tengo que..."

Con la palma de la mano extendida, Graham dijo suavemente: "Tómese su tiempo, señor. Estas cosas siempre son más fáciles si primero respira hondo un par de veces".

Cliff siguió su consejo. Graham y Harris podían ver fácilmente que este inoportuno caso había traído consigo más estrés y distracción de los que Swansbourne estaba preparado para afrontar. No sólo había habido una muerte en su posada, sino un asesinato en toda regla. Un accidente o un infarto habrían sido una cosa, pero esto significaba que alguien había robado en su tranquilo establecimiento rural y había golpeado a una mujer hasta matarla con un palo de golf. Habría sido duro para cualquiera, pero Graham tenía la sensación de que Cliff Swansbourne, a pesar de toda su madurez y experiencia, tal vez no estuviera hecho de la materia más dura.

"Fui a hablar con él", le confió Cliff. "Estaba enfadado con él por su comportamiento de ayer por la mañana. Ya sabes, merodeando por la escena del crimen, metiendo las narices. Pensé que iba a hacerlo pedazos cuando lo encontró con el cuerpo, detective. También se lo habría merecido".

"Simplemente intentaba mantener la integridad de la escena", explicó Graham.

"Bueno, le dije que no creía que debiera haber estado allí, husmeando. ¿Y sabes lo que dijo? Me dijo, a Dios pongo por testigo, que él y Norah estaban muy unidos. Más cerca de lo que pensáis', me dijo. Estaban planeando irse juntos al Caribe en un par de días, ¡por el amor de Dios! ¡No se lo habían dicho a nadie! Pensábamos que Norah se quedaría al menos hasta el fin de semana".

Harris tecleaba, Graham escribía y Cliff parecía más desahogado a cada momento que pasaba. Esta información le había pesado claramente.

"Bueno, como sabes -aclaró Graham-, nos dijo que mantenían una relación amistosa, algún café de vez en cuando, quizá algo más íntimo. Pero irse de vacaciones juntos... ésa es una información nueva".

"Es decir", dijo Cliff, "siempre supuse que era de fiar, pero mintió sobre lo íntimos que eran, y sin ninguna buena razón que yo pueda ver. ¿Podemos confiar en él, incluso ahora?" les preguntó Cliff.

"Señor Swansbourne", empezó Graham, "volveremos a hablar con el señor Lloyd a la luz de esta nueva información".

"¿Pero por qué no nos lo cuenta todo?". Se preguntó Cliff en voz alta. "¿A quién le importa si estaba enamorado de Norah, o a punto de largarse a algún sitio con ella? Ella está divorciada, él está soltero. Estamos en el siglo XXI", se maravilló. "Tenemos hombres que se casan con hombres y mujeres que se casan con mujeres, benditos sean. Es una sociedad mucho más tolerante que en la que yo crecí. ¿Por qué Tim mentiría sobre una relación directa? ¿Qué puede estar ocultando?"

"Usted está haciendo algunos buenos puntos, señor", dijo Graham Cliff. "Hablares más con el señor Lloyd, puede estar seguro".

"Sólo quiero ser lo más útil posible", explicó Cliff. "Sabes, cuanto más rápido se resuelva esto, más rápido podremos dejar atrás todo este desagradable episodio. Nos ha hecho replantearnos si", dijo Cliff, con los ojos ligeramente llorosos mientras echaba un vistazo a la cocina, "de verdad, de verdad queremos estar aquí."

Harris aportó su granito de arena. "Cualquiera lo entendería, señor", dijo, devolviéndole su taza de té vacía, "pero sería una gran pena que un acto cobarde como éste acabara cambiando la dirección que está tomando. Quiero decir, sus críticas son todas de cinco estrellas, y los jardines tienen un aspecto increíble..."

"Amelia lo está haciendo, te lo aseguro", dijo Cliff. "Ella podría dirigir este lugar con una mano atada a la espalda. Ponla a ella y a Doris Tisbury juntas y, literalmente, todo se vuelve posible".

En silencio, pensativo, el inspector Graham dejó que un pensamiento se filtrara en su conciencia y, por primera vez, recibiera una reflexión genuina y cuidadosa: Capaz de cualquier cosa... ¿Incluido el asesinato?

Dejó de lado el pensamiento por el momento, junto con un montón de otras teorías. "Concluidas nuestras entrevistas", dijo Graham, "salvo una pequeña charla más con el señor Lloyd, nos gustaría pasar a la fase forense".

Cliff frunció el ceño. Esto sonaba inmediatamente a más interrupción, más presencia policial, más patólogos y científicos afanándose en sus bien cuidados pasillos. "Creía que el cuerpo de Norah estaba en la morgue, ya sabes, para el examen".

"Así es", confirmó Graham. "Pero tenemos una pista sólida sobre el arma homicida".

Cliff se animó. "¿Oh? Son buenas noticias. Y tan rápido". Volvió a maravillarse del ritmo del cambio. "Supongo que eres tan bueno como esos detectives de la tele."

Soy mucho mejor que esa ficticia lluvia de incompetencia. Y todavía estoy calentando motores. Graham dejó pasar el comentario. "¿Tiene palos de golf en las instalaciones?"

"Sí, por supuesto. Algunos de nuestros clientes habituales dejan sus palos aquí entre visita y visita. Prefieren eso a llevarlos de aquí para allá, ya sabe".

"Necesitaremos acceso a todos y cada uno de ellos, si no le importa", informó Graham a Cliff.

Tras otro largo fruncimiento de ceño y un sorprendido movimiento de cabeza, Cliff dijo: "Pero hay más de una docena de bolsas de golf de nuestros huéspedes en el cobertizo. ¿Necesitas registrarlas todas?"

"En realidad", le dijo Graham, "sólo examinaremos en detalle los drivers, y el resto más superficialmente. Pero hay muchas posibilidades de que el arma homicida esté entre ellos".

"Bueno, por supuesto. Lo que necesiten".

"Empezaremos a primera hora", le prometió Graham. "Los chicos locales de Escenas del Crimen son muy eficientes. Estarán aquí toda la mañana, me imagino, pero para la hora de comer, deberíamos estar fuera de tu alcance".

Cliff acompañó a los dos hombres a su coche y luego volvió a la mesa de la cocina. Tal vez realmente es hora de empacar esto. Vender la historia del asesinato como un chisme salaz a una revista de moda, recibir un buen cheque y retirarse para siempre. Sol, arena y margaritas. Justo en ese momento, al final de un largo y horrible día, sonaba tan bien como siempre.

CAPÍTULO 14



Chris Stevens era el Agente de Escena del Crimen de guardia, un hombre enérgico y muy profesional, con un fino bigote negro y unas gafas de empollón casi famosas. Respetado por todo el mundo por su trabajo, pero no célebre por su sentido del humor, Stevens caminaba por el pasillo del Lavender con ánimo de resolver problemas. Empezó a evaluar la escena del crimen nada más llegar, pasadas las ocho de la mañana de un miércoles soleado y prometedor.

"Siempre hay algún tipo de contaminación", explicó a la pequeña multitud que se había reunido fuera de la habitación: los Swansbourne, el inspector Graham y el sargento Harris.

Amelia observaba los acontecimientos con interés, pero si fuera sincera, habría preferido que el grupo terminara su trabajo y desapareciera. La inspectora Graham le caía bastante bien, y el fornido sargento era simpático y muy profesional; si tenía que haber una investigación de asesinato en el Lavender, este elenco de personajes era todo lo discreto y servicial que podía esperar. Pero sus uniformes y maletines médicos, la parafernalia del trabajo policial y la recogida de pruebas... esas cosas no pertenecían aquí. Eran un recordatorio inoportuno de que, a pocos metros de donde ella y Cliff dormían, había ocurrido algo terrible.

La siguiente en llegar fue una curiosa pero frustrada Doris Tisbury, cuya única esperanza del día era limpiar por fin la habitación de la mujer asesinada. Había algo en lo incompleto de su tarea que realmente molestaba a Doris, como si la escena del crimen fuera una pieza que faltaba en su rompecabezas personal, y sólo su pronta y minuciosa atención le daría algo de descanso a su mente. Su hijo, maestro de escuela y, desde luego, ningún experto médico, había "diagnosticado" a Doris un "trastorno obsesivo-compulsivo" o algo por el estilo, y la volvía loca oírle hablar de "circuitos de recompensa" y "compulsiones habituales" de las que no sabía nada, pero que estaban claramente dirigidas a ella. En aquellos tiempos, le informó Doris a su hijo, la pulcritud se consideraba una virtud y no algo que requiriera tratamiento psiquiátrico o algo peor. No era la primera vez que pensaba que había nacido en el siglo equivocado.

"Creo que el señor Lloyd aún no se ha levantado", le dijo Cliff a Stevens mientras el forense de gafas localizaba sus hisopos y una cámara. "Pero fue el único, aparte de Doris, que estuvo aquí antes de que llegara la policía".

Cliff y Amelia se mantuvieron a distancia mientras Stevens empezaba a tomar un hisopo del suelo junto a la bañera. "Necesitaré una muestra de ADN de él y de Doris. Con suerte, nuestro asesino habrá dejado algún pequeño fragmento de sí mismo".

"O de sí mismo", añadió Amelia.

Stevens se enderezó y guardó el hisopo en su tubo de plástico. "¿Sabes cuántos asesinatos se cometen con palos de golf al año en el Reino Unido?", preguntó.

Amelia se encrespó. No estaba segura de que le gustara aquel joven oficioso y sabelotodo. "Estoy segura de que usted me lo aclarará".

"En torno a ninguno", le dijo el SOCO. "Es un método de asesinato muy poco común. Sólo se me ocurren dos, históricamente, y todos fueron hace siglos. Ambos fueron cometidos por hombres. De hecho, la inmensa mayoría de los asesinatos acaban siendo cometidos por un hombre", añadió. "Sobre todo los que implican porras, bates, palos u otros métodos de golpear a la víctima hasta la muerte".

Cliff intentó aligerar el ambiente. "No sé, señor Stevens. En manos de nuestra Doris, estoy seguro de que un palo de golf podría arrasar naciones".

A Doris le encantaban este tipo de bromas y daba lo mejor de sí misma. "Yo no", dijo, cogiendo toallas limpias de su carrito y dirigiéndose al pasillo. "Soy una amante, no una luchadora".

Cliff soltó una carcajada mientras Doris, de grandes facciones, se dirigía a sus quehaceres diarios. Era la primera vez que recordaba haberse reído, o incluso sonreído, desde que Doris le había dado la terrible noticia.

"Bueno", dijo Amelia, al borde de un ataque de risa y agradecida por un pequeño alivio en la pesadez que había cubierto sus días desde que encontraron el cuerpo de Norah. "Hay una imagen con la que conjurarse".

"Preferiría que no", consiguió decir Cliff entre risas.

Stevens ignoró todo el intercambio y deseó en silencio pasar un rato a solas. Siempre había curiosos, y en principio a Stevens no le importaba, pero siempre encontraban motivos para aportar alguna teoría que solía desconcertar a Stevens. Era un científico, no un investigador, y simplemente quería reunir pruebas antes de introducirlas en el proceso de investigación del inspector Graham. Además, iba a ser una mañana ajetreada, incluso después de haber acabado con el suelo del baño manchado de sangre.

Unos treinta minutos más tarde, Cliff acompañó a Stevens al cobertizo y abrió la puerta. Al abrir la puerta, el interior desprendía un reconfortante olor a cuero y metal ligeramente rancio. Desde que él y Amelia se habían hecho cargo del Lavender, Cliff había estado ofreciendo a sus huéspedes un almacén de palos de golf seguro y barato. Tenía sentido desde el punto de vista económico. Los únicos gastos eran una cerradura nueva y un sistema detector de movimiento para el jardín trasero. Sin embargo, había un problema. Una familia de zorros que vivía en el campo, más allá del pueblo, los visitaba con regularidad. Encendían todas las luces de seguridad cuando trotaban descaradamente por la noche. En ocasiones, los huéspedes se quejaban amargamente a Amelia y Cliff de que les despertaba una ráfaga de luz brillante que invadía sus dormitorios en mitad de la noche. La respuesta de Cliff era sacar su teléfono y mostrar un vídeo de los descarados culpables y sus cachorros correteando por el césped. Inevitablemente, los invitados se callaban encantados. Y así, gracias al cobertizo, Cliff ganó un dinero fácil que le permitió disfrutar de un vino de una calidad superior a la que habría bebido de otro modo. El dinero fácil era una de las cosas favoritas de Cliff.

Cliff estaba a punto de sacar las bolsas llenas de palos a la hierba para que Stevens las inspeccionara antes de que el SOCO le hiciera saber, con demasiada brusquedad para el gusto de Cliff, que tendría que inspeccionar cada palo in situ.

"No debemos comprometer la escena, señor. Debemos protegerla. Aunque el arma homicida no esté aquí, si el asesino tocó un bolso, por ejemplo, podríamos obtener una huella parcial del

cuero". Cliff retrocedió para observar al treintañero Stevens hacer su trabajo. "Mi primera tarea es buscar lo que no está", dijo. "Si el asesino cogió su arma de este cobertizo y la abandonó en otro lugar, faltará un conductor".

Unos minutos después, un cuidadoso recuento de los palos mostró a Stevens que ni una sola bolsa de golf carecía de driver. "Todos presentes y correctos", murmuró.

"¿Y ahora qué?" preguntó Cliff.

Sin responder, Stevens sacó su equipo forense. A Cliff le sorprendió ver que el SOCO llevaba su equipo en una mochila como si fuera un estudiante universitario. Cliff esperaba una especie de bolsa de herramientas futurista. En su imaginación, brillaba con un neón azul y echaba vapor cuando se abría. Stevens ni siquiera llevaba uno de esos bonitos bolsos de cuero negro, como un médico rural de los años cincuenta. En opinión de Cliff, una mochila era prosaica en comparación. "Ahora", le dijo Stevens, "froto meticulosamente todos los palos de golf, empezando por los drivers, para ver si hay manchas de sangre".

"¿Y si las hay?" Cliff quería saber.

A Stevens le gustaba parecer un experto ante los profanos, pero no tenía la perspicacia suficiente para darse cuenta de que, al hacerlo, fomentaba sus preguntas, preguntas que no apreciaba. Stevens podía ser irritable en el mejor de los casos, cascarrabias en el peor, pero ocultó su resentimiento por la interrupción de Cliff. Un suspiro y un tono ligeramente cortante fueron los únicos indicios de su predilección por no caer fácilmente en el ridículo. "Entonces probablemente habremos encontrado el arma homicida. A menos que los habitantes de los campos de golf locales sean dados a manchar de sangre sus palos como parte de algún truculento y antiguo ritual de novatadas", dijo. Era lo más parecido a un chiste que Stevens había pronunciado desde que había llegado, un récord que se mantendría durante todo el día.

CAPÍTULO 15



"Bueno, entonces te dejo con ello". Cliff empezó a marcharse, con una buena taza de té y un bocadillo de beicon en la cabeza, cuando un anciano apareció junto al cobertizo.

"¡Buenos días, Clifford!", dijo el hombre, con un tono demasiado alto que denotaba su sordera. Bob Sykes era uno de esos hombres que habían sido muy viejos durante mucho tiempo. Si Cliff se viera presionado, habría adivinado que Sykes rozaba los noventa años, pero el propio hombre afirmaba haberlo olvidado hacía tiempo. "La vejez", le gustaba decir, "siempre llega en mal momento". A pesar de su edad, Sykes era jardinero en un campo de golf cercano.

"Buenos días, señor Sykes", respondió Cliff. No había nadie en Chiddlinghurst a quien se le ocurriera tutear al señor Sykes. Cliff se encargó de las presentaciones entre Sykes y Stevens.

"¿Qué es eso que he oído?", preguntó Sykes, con voz de tenor, "¿que una bella dama ha caído en desgracia en uno de sus cuartos de baño?".

"Me temo que hemos tenido un asesinato, señor Sykes", explicó Stevens. "Estamos investigando qué ha pasado exactamente, y cada hora estamos más cerca".

Sykes se apoyó en un palo de golf desgastado por el tiempo. "Bueno, ya me he enterado, y es una putada lo que ha pasado, ¿no es así, Clifford?".

"Una maldita tragedia", le dijo Cliff.

"Le dije a la esposa", relató Sykes, "le dije: '¿Un asesinato en el Lavender? Ni en un millón de años. Casi nunca hay problemas con los Swansbournes', le dije".

La tensión de los últimos días y el inevitable daño a la reputación del Lavender se reflejaron momentáneamente en el rostro delineado de Cliff. "Bueno, es por la pobre Norah por quien lo siento", dijo finalmente. "Nos las arreglaremos bien, pero ella está...."

"En un lugar mucho mejor", dijo Sykes, curvando un dedo huesudo hacia el cielo. "Recuerda mis palabras, Clifford. Mucho mejor y más hermoso que cualquier lugar que hayamos visto con estos ojos mortales".

Stevens levantó la cabeza de su trabajo. "Me gustaría creerlo".

"¿Se está volviendo espiritual en su avanzada edad, Sr. Sykes?" preguntó Cliff.

El anciano soltó una carcajada. "Espera a ser tan viejo como yo", le dijo a Cliff. "Pase un momento mirando a la cara a la mortalidad y a la eternidad y luego dígame que no hay esplendor o consuelo en una visión de la ciudad celestial. Hay poder en ese mensaje, jóvenes, os lo aseguro".

"O tal vez", dijo Cliff, "estás arreglando las cosas con el Divino antes de salir a su encuentro".

Otra carcajada. Sykes sonaba como una bruja antigua cuando se reía. "Desde luego, no me gustaría", dijo el anciano, "llegar hasta las Puertas Perladas y descubrir que mi nombre no está en la lista". Se apoyó una vez más en el palo de golf y sólo entonces lo miró con una chispa de comprensión en los ojos. "Bueno, seré el tío de un mono. Estuve a un pelo de olvidar lo que vine a decir".

"¿Qué es eso, Sr. Sykes?" preguntó Cliff. Su ensoñación del bocadillo de beicon había retrocedido de forma alarmante, y estaba deseando volver a encarrilarla.

"Encontré este driver en el búnker del hoyo catorce", dijo, levantando el palo en el que se había estado apoyando. "Me preguntaba si alguno de sus invitados lo había olvidado. Curioso lugar para tener un driver fuera, ¿no le parece? En medio de la calle, con bunkers alrededor".

Cliff decidió sabiamente no tocar el driver, pero hizo un gesto a Stevens, que lo cogió entre los pulgares y los índices enguantados como si fuera una reliquia sagrada. "¿Dónde se encontró esto exactamente, señor Sykes?". dijo Stevens, con emoción en la voz.

"Estaba semienterrado", dijo Sykes. "Como si alguien hubiera intentado esconderlo allí y, o bien hubiera hecho un mal trabajo, o bien alguien lo hubiera desenterrado en parte. Lo encontré sobresaliendo del búnker, como un trozo de metralla vieja en una playa".

"¿Y cuándo hiciste este descubrimiento?" preguntó Stevens, que ya se preparaba para limpiar el metal donde el palo se encontraría con la bola. O la parte posterior de la cabeza de Norah Travis.

"No hace ni una hora", respondió Sykes. "Mi primer pensamiento fue que alguien lo había olvidado, pero luego pensé en ti. Me pregunté si a alguno de ustedes, policías, le gustaría echarle un vistazo. Anoche corrió la voz por el pub de que la joven había sido golpeada en la cabeza con un palo de golf. Ese era el rumor, a menos que mi viejo oído me haya fallado otra vez. De todas las formas lamentables de conocer a tu creador..."

"No, tienes razón", dijo Stevens. "Estamos seguros de que el arma homicida era un conductor."

"Bueno", dijo Sykes, "me alivia no estar perdiendo del todo la cabeza".

Stevens lanzó una mirada significativa a Cliff y luego cogió su teléfono móvil. "¿Detective Graham?", confirmó. "Chris Stevens, SOCO... Sí, estoy en el cobertizo del jardín trasero". Miró a Sykes, que hizo una mueca cómica, disfrutando del momento. "Tengo aquí a un residente local, jardinero del club de golf. Y el caso es, señor, que estoy bastante seguro de que me ha traído el arma que se utilizó para asesinar a Norah Travis."

CAPÍTULO 16



Louise revoloteaba nerviosa junto a la puerta del laboratorio criminalístico, como si temiera ser acusada de allanamiento. O, como a veces lo llamaba su jefe, "acechando". Siempre dudaba en molestar a Bert Hatfield cuando estaba en uno de sus estados de ánimo de "mente bella". La pizarra blanca más grande que había encontrado en el catálogo de material de oficina cubría una pared del laboratorio y Bert había pasado la primera hora de la mañana de ese jueves garabateando en ella con entusiasmo y determinación.

"¿Señor?" intentó Louise, golpeando tentativamente el marco de la puerta.

Bert no perdió ni un segundo, con su rotulador chirriando ruidosamente sobre la pizarra. "Louise, querida, si te lo he dicho una vez, te lo he dicho mil veces. Mis colegas me llaman Bert", explicó, sin dejar de escribir, "y tú eres mi colega".

"Sí, señor".

Hubo otro chillido animado. "Oh, por piedad", dijo con una sonrisa tranquilizadora. "¿En qué puedo ayudarte, oh arpía tímida?".

Acechando -sí, esa era la palabra- inmediatamente detrás de Louise había una figura aún más reacia, un adolescente con un elegante uniforme escolar gris y negro.

"¡Maldita sea!", exclamó Bert, tapando por fin el bolígrafo, encajándolo en la barra metálica de la pizarra y mirando a la colegiala. "¿Todavía te hacen llevar esas cosas horribles?"

Louise encontró su voz una vez más. "Esta es Fiona. De St. Aidan". El silencio delató que Bert se había olvidado por completo de esta visita de prácticas planeada desde hacía tiempo. "Estaba en tu agenda", añadió Louise.

"Maldición", murmuró el patólogo. "Muy bien, muy bien. Pasa, Fiona. Lo siento por todo eso". La hizo pasar a la habitación y despidió cortésmente a Louise, que volvió a sus tareas de recepción. "Has llegado en un día bastante propicio, por casualidad".

"¿En serio?", preguntó la joven de quince años. Tenía unos ojos azules brillantes y una curiosidad tranquila que Bert encontró agradable y bastante admirable, sobre todo teniendo en cuenta que su laboratorio se ocupaba casi exclusivamente de lo lamentable y truculento.

"¿Te habrás enterado del asesinato de Chiddlinghurst?", preguntó, guiando a Fiona alrededor de dos mesas repletas de libros y papeles hacia su escritorio, en un rincón. En realidad, allí podría haber yacido casi cualquier cosa bajo el tremendo peso de la documentación que Bert había acumulado y "almacenado". Daba al laboratorio la sensación de una biblioteca muy querida pero algo destartalada cuyo tema principal era la muerte: las formas de provocarla y las personas culpables de haberla hecho.

"Norah Travis", respondió Fiona secamente. "Muy triste. Sólo tenía veintisiete años, ¿no?".

"Bien hecho por leer las noticias", le dijo Bert. "No creía que los jóvenes se preocuparan por eso".

Fiona no era, como Bert descubriría durante una mañana memorable, una típica quinceañera. Había hecho todo lo posible para que le asignaran ese puesto tan especial, escribiendo cartas y utilizando la modesta influencia de su padre como director de recursos humanos de una empresa farmacéutica local. Ser patóloga había sido su sueño desde la infancia, y tenía poco interés en cualquier otra carrera. Sin embargo, la suya no era una fascinación morbosa por la muerte. Le apasionaba el proceso, la dura ciencia de investigar desde la confusión total hasta la certeza ante un tribunal. Quería atrapar a los malos, por supuesto, y ayudar a las familias, pero siempre se había centrado en cómo se llevaba a un asesino ante la justicia. "Es algo que me excita", le había explicado a un orientador profesional de su instituto, un tanto perplejo. "No puedo explicarlo".

"Leo las noticias todo el tiempo", informó Fiona con sinceridad. "¿Estás trabajando en pruebas relacionadas con su caso?". Un destello de excitación acompañó la pregunta de Fiona. Puede que ayude a resolver un asesinato. En mi primer día.

"Así es", informó Bert. "Hemos tenido un par de golpes de suerte, pero aún no hemos llegado".

Abrió tres archivos diferentes en el ordenador y dejó que Fiona los leyera. Lo hizo rápidamente, sentada en un taburete negro junto al escritorio de Bert, tomando notas en un bloc encuadernado en espiral. Entonces Bert tuvo una idea.

"Has firmado todo el material de confidencialidad, ¿verdad?". Fiona asintió. "Bien. Porque no puedes hablar de esto con nadie. No hasta que hayamos llevado el caso a los tribunales. ¿Te parece bien?"

"Puedes confiar en mí", dijo Fiona. Bert la creyó de inmediato. Había gente que sabías que no te defraudaría.

Cuando Fiona terminó de leer y tomar notas, Bert le contó el resto.

"Por suerte, hemos sido bendecidos con un SOCO dotado. Sabes lo que es uno de esos, ¿no?"

"Oficial de Escena del Crimen", respondió Fiona.

"Buena chica. Ahora, nuestro hombre Stevens es muy minucioso, realmente uno de los mejores. Con su ayuda", dijo Bert, extendiendo la mano hacia un objeto envuelto en plástico, "y un golpe de suerte, algo ha caído en nuestras manos. ¿Le importaría identificarlo?"

Fiona tomó el palo de golf en sus manos como si le entregaran un trozo de la Cruz original. "No juego al golf, así que no sé de qué tipo. Pero parece pesado", dijo, sopesando el palo de mango grueso que tenía en las manos.

"Es un driver", dijo Bert. "El más pesado de todos. Si alguien lo levantara y lo bajara", dijo, imitando el movimiento, "o lo blandiera de lado, se haría una herida grave, ¿no crees?".

Fiona intentó balancear el garrote imitando el impacto asesino. "Fracturas, seguro", dijo.

"Ahora", dijo Bert, tomando de nuevo el palo. "Tenemos la teoría de que Norah Travis fue golpeada muy fuerte, una sola vez, por un palo de golf. Mira esto", dijo, volviendo a la pantalla del ordenador y mostrando imágenes de la autopsia. "¿Notas este patrón de líneas cruzadas? Son diferentes en cada fabricante, por supuesto".

"¿Y este patrón", dijo Fiona, casi tocando la pantalla, "coincide con el palo que encontró el SOCO?".

Estaba rebosante de una excitación mantenida bajo control sólo por la gravedad del caso y la gravedad de su entorno. Antes de ese momento, Fiona nunca se habría atrevido a creer que le permitirían ver el laboratorio, y mucho menos examinar las pruebas. Estaba en las nubes.

"Así es. Dentro de las tolerancias. Pero hay una forma de asegurarnos, y así es como iba a pasar la mañana", dijo Bert, dedicándole una sonrisa casi conspirativa. "¿Quieres acompañarme?"

CAPÍTULO 17



El inspector Graham estaba sentado en el comedor del hotel Lavender poco después de las nueve de la mañana de un jueves prometedoramente luminoso. Él mismo reconocía que por las mañanas no se encontraba en su mejor momento. Su médico se lo había advertido a Graham, aunque no le había proporcionado ningún método concreto para dejar de lado los sentimientos de fatiga, hastío e insatisfacción que generalmente sentía en las horas que transcurrían entre el despertar y la media mañana. Le asaltaban con una regularidad y severidad que creaban un círculo vicioso debilitante. Tenía la deprimente sensación de que sería incapaz de conseguir nada; de que este nuevo día, y su duro trabajo, no servirían para nada.

El pensamiento que le atormentaba aparecía en su cabeza de forma espontánea y repetida durante estas pausas: que era un charlatán, un fracasado. El oscuro torbellino de esos pensamientos había conspirado para llevarlo al límite más de una vez. Sabía, intelectualmente, que ceder a sus demonios sólo le llevaría al límite. Maldijo a la casualidad por moldear el comedor del Lavender de tal manera que la barra bien surtida fuera fácilmente visible. Ahora no, volvió a decir su mejor yo. Ni ahora ni nunca.

En lugar de eso, bebió té. La mente deprimida, había llegado a comprender, tiene menos munición con la que aplastar a su víctima cuando se le proporciona una novedad constante. Silenciar a los demonios había parecido imposible hasta que se habían mostrado útilmente apaciguados por infusiones regulares y diversas de cafeína. Graham nunca lo habría creído, y su médico se sorprendió lo suficiente como para escribir su caso en un diario menor, pero el té - quizá el opuesto neuroquímico del alcohol- estaba salvando la vida de David Graham.

Amelia había sido lo bastante servicial, tras la petición inicial de Graham, como para servirle un surtido rotativo de los seis té que tenían en la cocina. En esta soleada mañana de jueves, David intentaba disipar su melancolía con un té de jazmín de la provincia china de Anhui. Era bastante complejo, comprobó para su satisfacción. Si su sabor hubiera tenido un color, este té habría sido lila o rosa rosado, suave para los sentidos pero seguro de sus propias virtudes. Instantes después de inhalar sus vapores, y sólo un minuto después de terminar su primera taza, la visión del mundo del DI Graham cambió rápidamente. Acogió la luz del sol no como un cronómetro de su habitual depresión matutina, sino como una luz cálida y curativa que le aseguraría un buen día. Las sinapsis se activaron de nuevo. Sintió como si una resonancia magnética de su mente despierta mostrara un derroche de amarillos y rojos a medida que la energía llenaba aquellas partes de su mente que permanecían dormidas y ensombrecidas por su tristeza.

Después de la segunda taza, para su gran alivio, los azules desaparecieron. Se volvió hacia sus cuadernos con un nuevo estado de alerta y comenzó a interrogar por tercera o cuarta vez todo lo que sabía sobre este frustrante caso. Las piezas que había encontrado simplemente no encajaban. No había encontrado a nadie que hubiera tenido un motivo y la oportunidad de asesinar a Norah Travis. Dio vueltas a todos los hechos en su mente. Tal vez había estado pensando mal sobre el caso. Mientras los efectos del té se apoderaban de él y su mente se agitaba de esa manera que tanto le gustaba, como un galgo al que por fin se le da la oportunidad de perseguir a un conejo escurridizo por la pista, se detuvo y releyó una nota que había tomado el lunes, durante sus entrevistas iniciales.

Una nota a la que no había dado seguimiento. Vamos, Dave, estás resbalando. Eres mejor que esto.

"¿Está el Sr. Swansbourne esta mañana?" preguntó a Amelia mientras traía una maceta fresca de jazmín de Anhui.

"Sí, creo que está terminando de afeitarse. ¿Le gustaría verle?"

Cliff, cuando apareció, tenía un aspecto un poco mejor, no tan demacrado y estresado como en los días anteriores. "Bonita mañana, ¿verdad?", dijo mientras tomaba asiento frente a Graham.

La parte ahora alegre, casi vertiginosamente contenta de la mente de Graham le obligó a asentir, pero había temas mucho más serios entre manos que la luz del sol, por muy bienvenida que fuera. "Cliff, tengo que preguntarte sobre algo que dijiste el lunes".

Amelia intervino desde la cocina. "Buena suerte con eso, Detective Inspector. Nuestro Cliff podría decirle lo que desayunó en 1976, pero es como un queso suizo para cualquier cosa más reciente".

Su marido frunció el ceño con buen humor y luego preguntó a Graham: "¿Qué fue lo que dije?".

"Me dijiste", respondió Graham, refiriéndose a sus notas, "que habías oído voces procedentes de la dirección de las habitaciones de los huéspedes el domingo por la noche. Me gustaría saber más sobre lo que oíste".

Cliff esbozó una sonrisa divertida y tímida y puso los ojos en blanco. "Bueno, ya sabes... no estaba seguro. No quiero levantar sospechas. Y parecía tan... irrelevante".

Graham no dijo nada, pero preparó su bolígrafo y su cuaderno.

Su incomodidad era evidente, Cliff murmuró: "Es difícil saber qué decir. Ya sabes...".

Graham derrochaba paciencia, pero en su fuero interno su yo investigador ardía en deseos de sonsacarle la verdad a Cliff, aun a riesgo de resultar grosero. "Digamos que no", dijo.

"Eran... bueno, ya sabes. Tim y Norah". Cliff se agitó bajo la mesa como un niño de siete años llamado al despacho del director.

El DI contuvo su temperamento por un estrecho margen. "Continúa."

"Fue... amor, creo", murmuró Cliff. "Los sonidos del amor".

Amelia volvió a la puerta entre la cocina y el comedor, con las manos en las caderas. "Por el amor de Dios, Clifford. Ya no estamos en los malditos años cincuenta. Quiere decir que estaban en ello, DI Graham". Cliff hizo una mueca. "Echando un polvo", continuó ella. "Follando por Gran Bretaña, lo más probable."

"¡Amelia Swansbourne!" Cliff jadeó.

Su mujer no se inmutó. "Bueno, ¿cómo deberíamos llamarlo, hombre imposible?", preguntó. "¿Relaciones maritales?"

El inspector Graham levantó una mano en muda apelación. "Ya me hago una idea, créeme".

Cliff se volvió hacia Graham. "Mire, podría haberme equivocado. La fauna de por aquí

también puede ser bastante ruidosa. A veces es difícil distinguir qué es qué".

"¿Escuchó esto también, Sra. Swansbourne?" preguntó Graham.

Ella negó con la cabeza. "No, mi marido lo disfrutó él solo".

Agudamente incómodo, Cliff enrojeció, con los hombros encorvados. "Eso es lo que creo haber oído", dijo simplemente. "Espero que ayude".

"Puede que sí", observó el inspector Graham. "Le sorprendería saber cuántos casos importantes se abren por un detalle minúsculo. Gracias, Sr. Swansbourne. Por favor, continúe con lo que estaba haciendo. Estoy seguro de que es un hombre ocupado".

Con un hotel vaciado por las secuelas del asesinato, reservas canceladas a diestro y siniestro tras una dolorosa reacción en las redes sociales, y Doris limpiando eficientemente el hotel casi vacío, Cliff se encontró con poco que hacer. Se dirigió a su Land Rover Defender mientras Graham repasaba sus notas.

Los sonidos del amor", escribió. Interesante, pero difícilmente concluyente y, de ser cierta, no la historia que ofreció el Sr. Lloyd. Todavía me falta algo. El pensamiento lo atormentó, como una ampolla confusa, durante la hora siguiente.

CAPÍTULO 18



Fiona observó absorta al Dr. Hatfield mientras éste realizaba lo que para él era una tarea relativamente rutinaria, pero que provocó una avalancha de notas y preguntas por parte de la joven estudiante.

"Creía que eran increíblemente caros", preguntó ella, mientras ambos se paraban ante una máquina cuadrada y negra que parecía una impresora láser pero con cuatro compartimentos superiores, cada uno con su propia tapa gruesa y gris.

"Ah, sí", le dijo Bert. "Los termocicladores cuestan unos 200.000 euros cada uno", dijo mientras cerraba las tapas y pulsaba una serie de botones en el panel frontal. "Pero un amigo de la Metropolitana me debía un favor después de que les abriera un caso el año pasado, y tuvo la amabilidad de prestarnos una de estas bellezas".

Fiona buscó en su memoria por un segundo. "¿El asesinato de Angela Forrest?", jadeó. "¿Fuiste tú?"

Bert le dedicó una sonrisa orgullosa. "No quiero sonar como si estuviera presumiendo, pero esa fue la muestra más pequeña de ADN que jamás se haya utilizado con éxito para procesar a un asesino. No pensé que lo conseguiríamos".

El país entero había pasado días conmocionado tras el descubrimiento del cadáver de Angela, de trece años, en un cementerio cercano a Folkestone. Había sido excepcionalmente brillante, una atleta y artista superdotada secuestrada tras un entrenamiento de hockey por un "hombre con una furgoneta blanca". La búsqueda de su asesino contó con el apoyo activo y útil de los periódicos nacionales, en particular de la criticada "prensa sensacionalista" de los tabloides y los semanarios de moda, que desde el principio pidieron la pronta ejecución de su asesino.

Afortunadamente, la pena de muerte no estaba disponible, pero hubo una tremenda satisfacción cuando el juez dictó la pena más dura que podía imponer: cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional. Keith Marshall, un nombre que ahora se añadía a la lista de los asesinos de niños más odiados de Gran Bretaña, nunca saldría libre. El trabajo ejemplar de Bert Hatfield fue fundamental para las pruebas de la Corona.

"Recuerdo algo sobre una nueva técnica", dijo Fiona. "Usando pequeñas cantidades de ADN pero copiándolas".

Bert quedó impresionado. "Estás en la línea correcta. ¿Ves nuestra muestra, ahí?"

Fiona asintió. Ya habían tomado una muestra del palo de golf. "Bueno, no hay mucho, ¿verdad? Estamos hablando de pequeños fragmentos rotos de ADN. No es suficiente, por sí solo, para que podamos decir si el material pertenecía a un hombre o a una mujer."

"Entonces..." Fiona dijo, completamente comprometida como siempre.

"Así que tenemos que copiar ese diminuto fragmento tantas veces como podamos y, a partir de los resultados, podemos elaborar un perfil de ADN incompleto pero útil".

Pensando en el proceso, Fiona preguntó: "¿Pero cómo sabremos que es de Norah?".

Bert se acercó a su escritorio y sacó un tubo de ensayo con un hisopo de muestra en su interior. "De la autopsia. Si podemos comparar lo que encontramos en el palo de golf con la muestra que tomé de Norah..."

"¡Sabremos que este fue el palo de golf que la mató!" Fiona exclamó emocionada.

"Ya está. Ahora, esto tomará un momento así que tomemos un café mientras hace lo suyo."

"¿Cosa?" preguntó Fiona, mirando el aparato.

"Va a calentar y enfriar repetidamente la muestra -de ahí el nombre de 'termociclador'- en presencia de un agente que ayudará a crear nuevas hebras de material genético", explicó Bert.

"¿Agente?" preguntó Fiona, con el cuaderno preparado.

"En realidad, un extracto de un tipo de bacteria que resulta ser estupenda para ayudar a las cadenas de ADN a copiarse a sí mismas. Pero no nos pongamos demasiado técnicos". Bert sacó a Fiona de la habitación y, aunque a la adolescente le habría encantado ponerse mucho más técnica, le siguió hacia la recepción, donde se estaba preparando la habitual cafetera de las diez y media.

"Louise, eres un ángel", le dijo Bert, acercándose a la humeante cafetera.

Louise estaba colgando el teléfono. "Oh, lo sé", bromeó. "Señor, ¿podría llamar al DI Graham? Tiene una pregunta para usted."



"¿Bert?"

"Buenos días. ¿Cómo está el soleado Chiddlinghurst?" Hatfield le preguntó a Graham.

"Malditamente frustrante", admitió el DI. "Pero tengo una pregunta. De las que no puedo creer que no haya hecho antes".

El tono de Graham era un poco preocupante. Parecía realmente enfadado consigo mismo, aunque Bert lo conocía como un tipo de modales suaves. "Adelante", le dijo Bert, mirando a Fiona. "Hoy tengo una ayuda especial, así que estamos preparados para lo que el mundo del crimen pueda lanzarnos". Fiona sonrió por encima del borde de su taza de café.

Graham fue directo al grano. "¿Había alguna prueba de que Norah fuera sexualmente activa la noche en que fue asesinada?".

"No, no lo creo."

"¿Está segura?" Graham presionó, su tono impaciente.

Tranquilo, amigo. No hay necesidad de ponerse insolente.

Bert miró de nuevo a Fiona y levantó un dedo para pedirle paciencia antes de llevar la delicada conversación al laboratorio. "Déjame comprobar los registros de nuevo, David, pero realmente no recuerdo nada". Bert llegó a su escritorio y abrió un archivo en su ordenador. "Bueno, es difícil decirlo con un cien por cien de certeza, pero no había ninguno de los signos clásicos".

"¿Qué quieres decir?" preguntó Graham.

Hatfield respiró un par de veces. El inspector sonaba realmente alterado, como si estuviera responsabilizando a Bert de ralentizar su investigación. No puedo fabricar pruebas. "Hicimos todas las pruebas habituales", dijo, parafraseando dos páginas del informe, "y no encontramos

pruebas de contacto sexual inmediatamente antes, ni en los días previos a su muerte".

Graham guardó silencio un momento. "Pero eso no significa que no ocurriera, ¿verdad?".

"No puedo estar absolutamente seguro. Ya sabe... Bueno, ambos somos hombres de mundo, ¿verdad, detective inspector? Hay más de una forma de despellejar a un gato, y todo eso, pero no había signos de contacto sexual."

Graham agradeció escuetamente al patólogo y colgó. Bert pasó un largo rato con una expresión de perplejidad y preocupación en el rostro, y luego abrió la puerta del laboratorio y le dedicó a su alumna en prácticas una sonrisa artificial pero convincente.

"¿Fiona? La máquina de PCR está llamando".

CAPÍTULO 19



El sargento Harris llegó y encontró al inspector solo, rumiando sus notas. Graham bebía té como si fuera el elixir de la vida. "Buenos días, señor".

"Ah, Harris. Tome asiento, ¿quiere?" Graham estaba construyendo una imagen de lo que podría haber ocurrido en las horas previas a la triste partida de Norah de esta tierra. Su progreso le dio energía.

"Mira, esto es un poco gracioso, pero quiero hacer una lluvia de ideas contigo. En confianza", enfatizó.

"Adelante, señor", dijo Harris. Llevaba el uniforme de verano, las mangas de la camisa blanca remangadas, la gorra sobre la mesa y la corbata negra bien colocada.

"Tenga paciencia, sargento, pero... ¿qué podría, en igualdad de condiciones, hacer gritar a una mujer adulta a las once de la mañana de un domingo?"

Harris frunció las cejas, desconcertado, y luego se levantó en una indagación inequívocamente divertida.

"Sí, antes de que preguntes, quiero que te saltes lo obvio. Sé que Tim Lloyd estuvo aquí, en el Lavender, pero no puedo demostrar que estuvieran juntos".

"Bueno, si no gritaba de dolor, eso deja una lista bastante corta de posibilidades", observó Harris.

"Corta, pero la quiero de todos modos", dijo Graham. "Inténtalo".

"Bien", dijo Harris, considerando el asunto. "Bueno, podría haber sido herida, como digo. Hay que considerarlo".

"Bert no encontró nada en el cuerpo que sugiriera una lesión", respondió Graham. "Bueno, excepto por el maldito gran golpe en la parte posterior de su cabeza de un palo de golf."

"Sí, no nos olvidemos de eso", dijo Harris. "Recuerde que la señora Swansbourne pensó que podría haber sido un grito de sorpresa. Ya sabe, un susto, o algo así".

Graham reflexionó sobre esto. "¿Una araña, tal vez? Ya sabes cómo son algunas personas".

"¿Y una cucaracha?" ofreció Harris.

El inspector hizo un gesto de desaprobación. "Yo no dejaría que la señora Tisbury te oyera hablar así".

Harris sonrió. "Bueno, ¿había algo que diera miedo en la tele?"

"¿Un domingo por la mañana?" le recordó Graham.

"O leyó algo en su teléfono. Recibió un mensaje sorprendente. ¿Quién sabe?"

Harris no pretendía herir a nadie con este comentario frívolo, pero resumía el lamentable

estado de su investigación de forma tan concisa que Graham sintió un repentino brote de ira. Para sorpresa de Harris, el cuaderno de Graham golpeó el escritorio con un ruido sordo de frustración. "Nosotros no, y ése es el maldito problema".

No hizo falta la experimentada mirada de un psicólogo para que Harris reconociera que su jefe se estaba tomando algo más que un interés estrictamente profesional en este caso. Se había convertido en algo personal, una batalla de ingenio que Graham no podía soportar perder. Una implicación emocional tan intensa nunca era buena señal para un policía profesional. Los casos debían descifrarse, resolverse con astucia y perseverancia, no verse como una intensa batalla personal con el autor u otro demonio menos definible.

"Disculpe, señor, pero..."

"¿Qué?" Graham estalló.

"¿Se encuentra bien?" preguntó Harris con genuina preocupación.

Graham se detuvo ante otro gruñido de enfado y suspiró pesadamente. "La verdad es que no, sargento. Le seré sincero".

Harris habló con mucho cuidado. Sólo conocía a Graham por su trabajo. De vez en cuando charlaban en el bar, pero incluso entonces sólo hablaban de casos.

"Si necesita hablar con alguien, señor... He estado en la fuerza mucho tiempo. Y sé lo que este tipo de trabajo puede hacerle a un hombre. El estrés, los horarios extraños". Hizo una pausa para asegurarse de que no estaba a punto de sobrepasar un límite importante. "Y, si las cosas en casa son difíciles, señor... bueno, eso no ayuda".

Durante un largo momento, Graham se quedó mirando el almidonado mantel blanco que cubría la mesa del comedor. Luego se sirvió otra taza de Anhui.

Harris lo observó con verdadera simpatía. Habían pasado cinco meses y, sin embargo, era demasiado pronto para sacar a colación la espantosa tragedia que tan claramente pesaba sobre el agente de policía de mayor rango. Este caso era el primero de Graham en "servicio activo" desde que había ocurrido. Había pasado la mayor parte de los meses intermedios solo, de baja por motivos familiares, en una casa vacía y silenciosa o en su despacho revisando expedientes. Las noches que se sentía incapaz de volver a casa, dormía a pierna suelta en una cama de campaña en su despacho. Su esposa, Isabelle, se había retirado aún más lejos, a casa de sus padres, en las tierras salvajes del norte de Gales. Sus decepcionantes, deprimentes y escuetas conversaciones telefónicas no le servían de consuelo.

Volver a dirigir una investigación había sido un gran avance para Graham, pero después de cuatro días sin detenciones, le costaba mantener su distanciamiento profesional. Su dolor no resuelto amenazaba el frágil equilibrio emocional que tanto se había esforzado por crear. Y él lo sabía.

Graham terminó su taza de té y se levantó elegantemente. "¿Sabes lo que realmente ayuda?", preguntó.

"¿Señor?" dijo Harris, poniéndose también en pie.

Graham se volvió a meter el cuaderno en el bolsillo. "Atrapar asesinos. Atrapemos a este bastardo, Harris". Se dirigió hacia la puerta del Lavender. "Vamos, chop, chop. Tenemos trabajo que hacer."



Los ojos de Fiona brillaban entusiasmados con la emoción del descubrimiento. "Tenemos una coincidencia", anunció Bert Hatfield. "¿No es maravillosa la tecnología?"

Examinando los resultados en pantalla, Fiona preguntó: "¿Hasta qué punto es seguro? Hay muchas mujeres rubias de su edad por ahí".

"No tantas", aconsejó Bert, "que hayan sido golpeadas recientemente en la nuca con un palo de golf".

"Hay que reconocerlo", dijo Fiona tímidamente.

"Las probabilidades de error son de mil millones a una. Así que, si no es Norah, podría ser una de, digamos, seis o siete personas más en todo el planeta".

"¿Y ahora qué?"

"Ahora, le digo al acosado DI Graham que definitivamente tenemos el arma homicida. El problema es", dijo Bert, suspirando, "que no tenemos ni una pizca de huella dactilar. Lo que nos dice algo".

Sintiendo otra invitación a pensar en posibilidades, Fiona preguntó: "¿La arena borra las huellas dactilares?"

"No especialmente", respondió Bert. "Pero los asesinos a menudo lo hacen".

"Entonces, el conductor fue deliberadamente limpiado y luego enterrado en un búnker en el campo de golf".

"Sí", confirmó Bert. "¿Pero por quién?" Levantó un dedo índice para dejar claro su punto de vista.

La pareja se sentó un momento en silencio pensativo. Bert odiaba los callejones sin salida. Siempre le hacían sentir como si hubiera omitido el enfoque correcto. Usa mejores herramientas, haz mejores preguntas, Bert.

"¿Qué más tenemos?", dijo. Bert volvió a su escritorio y sacó la lista que Louise había hecho de los efectos personales de Norah. "Yo diría que vale la pena echarle otro vistazo", dijo, más que nada para sí mismo.

Aunque tanto él como Stevens habían examinado detenidamente la ropa de Norah, su pequeña maleta de color rojo brillante y los artículos de tocador del cuarto de baño, no veía ningún inconveniente en volver a hacerlo. Hatfield le enseñó la lista a Fiona y juntas localizaron e inspeccionaron metódicamente cada objeto. "Pinza para el pelo, plástico, verde", leyó en voz alta. "Blusa de mujer, blanca, manchada de sangre. Cepillo para el pelo, plástico negro, con fibras". Nada parecía ni remotamente raro.

"¿Ves algo inusual?" Preguntó Fiona.

"No", respondió Bert. "Tampoco Stevens la primera vez que pasamos por este proceso". El Dr. Hatfield se había acostumbrado a las preguntas de Fiona, pero estaba un poco irritable. Aunque era conocido por su paciencia, incluso Bert se frustraba cuando una aparente abundancia de pruebas se negaba a aportar nada de valor.

Fiona sacó a la luz una bolsa de plástico para pruebas. Contenía un trozo de papel. Bert leyó su lista. "Billete de lotería, sorteo del sábado". Había otros tres objetos: un chicle, un bote de analgésicos que Bert ya había analizado a fondo y una cinta métrica. "Y eso es todo, amigos", dijo. "La vida y los tiempos de Norah Travis, fallecida".

"No hay mucho aquí", suspiró Fiona.

"Necesito otro café", dijo Bert. "Vamos, molestaremos a Louise un momento o dos".

"Molestar a Louise" era una tradición muy arraigada y divertida para Bert, y Louise le seguía la corriente. Entre llamadas telefónicas, respuestas a consultas por correo electrónico de agentes de policía y personal médico, así como el interminable trabajo de archivado y fotocopiado, Bert alegraba el día a su ayudante con una serie de chistes viejos y terribles. Tenía una legendaria reserva de chistes de mal gusto y estaba en medio del que trataba sobre el tipo de la furgoneta

llena de pingüinos cuando Fiona, que no le había prestado demasiada atención, estalló.

"¿Señor?", casi chilló. "¿Dr. Hatfield?!", jadeó, agarrando su teléfono.

"¿Qué demonios te pasa, niña?" preguntó Bert, abandonando el resto de la broma.

"Los números... El billete de lotería", tartamudeó ella.

"¿Qué pasa?", dijo él, girando el teléfono para poder verlo. Y entonces, al darse cuenta de las implicaciones, se volvió hacia su ayudante. "Louise, pon al DI Graham al teléfono", dijo. "No se lo va a creer".

CAPÍTULO 20



Tras una nueva inspección de la escena del crimen, un paseo un tanto inútil por el hotel para "impregnarse del ambiente" y más largas sesiones de mirar fijamente sus notas mientras bebía jazmín de Anhui, Graham no pudo aplazar más lo inevitable. Su optimismo anterior se había atenuado una vez más y, aunque seguía decidido, sencillamente no veía la manera de avanzar en el caso.

Hatfield había confirmado que habían encontrado el arma del crimen, pero la falta de huellas dactilares o de un propietario evidente era casi insoportablemente decepcionante. Para colmo, las pruebas contradictorias sobre la vida sentimental de Norah tenían poco sentido. Algo, o alguien, le había mentado. O Tim Lloyd se estaba inventando la historia de que estaba "en la perrera" la noche en que mataron a Norah y las pruebas postmortem no revelaban lo que realmente había sucedido, o Cliff se había equivocado o..... Los pensamientos de Graham daban vueltas. Era enloquecedor.

Alrededor de las cinco, Graham llegó a su casa, una pintoresca cabaña que databa de principios del siglo XX. Tan reacio estaba a estar allí que se detuvo en un cruce y giró en sentido contrario, antes de obligarse a dar media vuelta y aparcar en la entrada de su casa por primera vez en diez días. El jardín necesitaba una limpieza. Las hojas salpicaban el pequeño césped delantero. Respiró hondo mientras apagaba el motor del coche. Sería horrible, pero sabía que tenía que hacerlo.

El silencio que se hizo al abrir la puerta de la calle le dejó helado al entrar. Era tan deslumbrante, tan incongruente en una casa donde había habido tanta luz, vida y ruido. La cocina estaba limpia y ordenada. Alguien debía de haberlo hecho, pero Graham no recordaba quién. Antes, en lugar de las encimeras limpias y relucientes que ahora se presentaban, al llegar a casa se encontraba con galletas de queso esparcidas por la superficie, migas a menudo estrujadas bajo los pies. En un rincón se apilaban pequeños platos de colores brillantes. Junto a ellos había tazas a juego, adornadas con la última princesa de dibujos animados cuya melodía característica se cantaba tan a menudo que le había llevado muchas veces al largo jardín trasero. Cuánto ansiaba oír esa canción ahora.

La vida se dividiría para siempre en dos, "antes" y "después". Antes, Isabelle había odiado las tareas domésticas, y Graham se había encontrado demasiado ocupado para ayudar tanto como hubiera querido. Su casa había estado desordenada pero animada, llena de energía, risas y un sinfín de actividades. Cuando no trabajaba en el hospicio, Isabelle pasaba todo el tiempo con su hija. Había guiado a Katie por la vida, fomentando su brillante curiosidad, su voluntad de probar

cosas nuevas y su peculiar sentido del humor. A los cinco años, Katie ya se sentía cómoda comiendo cualquier verdura que le ofrecieran, ante la envidiosa sorpresa de los padres de sus compañeros de clase, e inventaba bromitas que apenas empezaban a tener sentido.

Graham sabía que debería haber estado más presente. Un niño pequeño necesita atención, cariño y orientación, no un padre agotado con tantas otras cosas en la cabeza. Había odiado la necesidad de "subcontratar" algunas de las responsabilidades de criar a un hijo, como lo llamaba Isabelle, y habían luchado por permitirse una niñera, pero no había nada que hacer. Necesitaban ayuda. Cora había querido de verdad a Katie sin consentirla, y habían confiado en ella implícitamente. El accidente no fue culpa de Cora. Fue sólo una de esas cosas.

Graham ardía de rabia al recordarlo. Sin darse cuenta, había subido las escaleras en un lento trance y se encontraba ante la puerta del dormitorio de Katie. Sus juguetes seguían en el suelo, donde ella los había dejado. No había entrado allí desde la noche del accidente, cuando, desde la puerta, vio a su esposa, en un inquietante silencio de dolor, acurrucarse lentamente en la pequeña cama que aún conservaba la fragancia de su pequeña.

Las pruebas de las cámaras de circuito cerrado eran concluyentes. Una furgoneta de reparto se saltó un semáforo en rojo a treinta kilómetros por hora por encima del límite. La colisión era inevitable. La parte trasera izquierda del coche recibió toda la fuerza del impacto.

Graham se sentó en el suelo del dormitorio de Katie y se apoyó en el lateral de su cama, con las rodillas recogidas bajo la barbilla. Sus ojos se cerraron mientras su frente tocaba la suavidad de la manta rosa de la niña, y en su mente bailaban los recuerdos de los cuentos que le leía antes de dormir. Entonces llegó la ola. Al principio cayó sobre él, luego lo engulló violentamente, succionándolo hacia abajo, su angustia aniquilando su conciencia. Graham sabía que sólo la completa obediencia a la tiranía del dolor le transportaría a través del oscuro y desolado túnel que se extendía ante él. Se había resistido hasta ahora, pero se había debilitado. Ahora estaba preparado. Finalmente, las lágrimas brotaron mientras se rendía como un sacrificio en el altar del desamor, con sus defensas finalmente traspasadas. Era hora de embarcarse en el viaje del dolor.



Con su metro ochenta de estatura y la complexión de un delantero de rugby, Harris no era conocido por su atletismo. Sin embargo, el grandullón cubría el terreno con una velocidad sorprendente. Sus órdenes eran simples: seguir tratando de DI Graham, llegar a la Lavanda, y no dejes que nadie se vaya.

"¿Señor?", jadeó. "Gracias a Dios. He estado intentando..."

"¿Cuál es el problema, Sargento?" Graham preguntó. Su voz parecía tranquila y hueca, su forma de ser tan diferente de la celosa determinación que había mostrado antes.

"Señor, no sé cómo lo pasamos por alto, pero, bueno, a Norah le tocó la lotería el sábado por la noche".

Graham había pasado media hora sentado en su coche. Había estado completamente inseguro de adónde ir, pero seguro de que no podía estar en su casa ni un segundo más. Entonces, impulsivamente, se había dirigido en dirección a Gales, y a Isabelle. No había pensado bien las cosas. Ella no había contestado su teléfono, y con cada milla, él sabía que era una tontería. "¿En serio?", dijo en su teléfono, buscando inmediatamente un lugar para dar la vuelta.

"Casi seis millones de libras, señor".

El inspector se sentó en su asiento. "Jesús, sargento".

"Más o menos, diría yo. Fue la única ganadora la semana pasada". Harris había vuelto a

comprobar los números y había pedido a dos colegas que hicieran lo mismo, para estar seguro.

"Y debía de saberlo cuando fue asesinada", dijo Graham.

"Yo iría más lejos, señor", dijo Harris. "Diría que explica en parte nuestro misterioso grito del domingo por la mañana".

"Maldita sea. ¿Estás en el Lavender?"

"Sí, señor. Acabo de llegar".

"Brillante. No dejes que nadie se vaya". Graham colocó la luz azul magnética en el techo de su coche y empezó a abrirse paso entre el tráfico vespertino.

"Ya estoy en ello, señor", respondió Harris, sonriendo al oír cómo la pasión volvía a la voz de su jefe mientras el DI maldecía a sus compañeros automovilistas. "Hasta pronto".

CAPÍTULO 21



La mente de Graham se dividía animadamente entre las pruebas y el tráfico. Volvió a repasar sus pensamientos, como si recitara un poema muy repetido. Siguió la pista de cada sospechoso desde el punto de partida el domingo hasta el momento del asesinato y después. A medida que lo hacía, empezaron a cristalizar nuevos pensamientos. Era como si se hubiera tomado una taza de té energizante, pero se trataba simplemente de su mente investigadora trabajando, impulsada por las frustraciones del caso, la necesidad urgente de tomar el control de algo y la cruda emoción de hacerlo a noventa millas por hora con sus luces azules encendidas.

Aunque se equivocara, aunque hiciera el ridículo en el intento, reuniría a todo el grupo en el Lavender y lo discutiría. Lo pondría todo al descubierto. Demostrarles que le tenía tomada la medida al caso, que aún podía "hacer de Dave Graham" cuando el momento lo requiriera.

El coche de Graham tuvo mucha suerte de llegar al Lavender sin daños graves. Con luces azules intermitentes o sin ellas, había corrido riesgos extraordinarios al cruzar cruces en contra de la señal y esquivando coches más lentos que, en esta ocasión, significaban todos los demás en la carretera. Después de treinta y cinco minutos de frenéticos pensamientos y exceso de velocidad, Graham se desvió en el camino de entrada del hotel, muy bien cuidado, enviando una nube de grava girando en los perfectos macizos de flores de Amelia.

"¿Sargento Harris?" llamó Graham al entrar por la puerta.

"Presente y correcto, señor", respondió el corpulento sargento, apareciendo desde el comedor. Se inclinó hacia él. "No sé hasta qué punto querías que esto se pareciera al final de una novela policíaca de los años cuarenta, pero ya están todos aquí. Están alrededor de la mesa del comedor. Pensé que era lo mejor, señor".

Graham se asomó por la puerta y vio a Cliff y Amelia, Tim Lloyd, Doris Tisbury e incluso al viejo Sykes, de aspecto ansioso, sentados en perplejo silencio. Cuando Graham entró, con la mente acelerada como si acabara de terminar su tercera tetera, Cliff se puso en pie.

"DI Graham, espero que haya una razón especial para esto", dijo el propietario del Lavender. "Hemos hecho todo lo posible por ser útiles, pero con la policía yendo y viniendo de esta manera, será muy difícil reconstruir nuestro negocio".

Graham asintió con comprensión. "Tome asiento, señor Swansbourne. Todo será revelado".

Cliff apenas estaba satisfecho. En los días transcurridos desde la tragedia, Amelia había notado que su marido estaba cada vez más retraído y muy preocupado por su futuro. Su anhelado plan para México, que parecía estar cada vez más cerca, día tras día, estaba ahora seriamente en

entredicho. ¿Cómo podían planear una jubilación relajada cuando el mundo empezaba a conocer su establecimiento como un "hotel de asesinos"? Amelia había intentado por todos los medios ver el lado positivo. Podían tematizar el Lavender en torno al asesinato, había sugerido medio en serio, atraer a curiosos mórbidos a precios de cinco estrellas.

"¿Le habéis encontrado?" Tim Lloyd preguntó a continuación. "¿Al asesino?"

Graham lo miró fijamente. "Puede que sí, señor Lloyd. Les pido a todos un poco de paciencia mientras cerramos este triste capítulo. Creo -dijo, dirigiéndose a todo el grupo, bastante inquieto- que ahora tenemos pruebas suficientes para proceder a una detención. Como sabrán, lo que ocurra después depende de nuestros colegas de la Fiscalía de la Corona. Ellos decidirán si tenemos pruebas suficientes para asegurar una condena. Pero cada vez estoy más seguro", les dijo Graham, y luego añadió, tras encontrarse con la mirada de cada uno de ellos, "de que sí la tenemos". El ambiente era tenso.

Harris reflexionaba mientras Graham se paseaba y revisaba sus cuadernos por última vez. Apuesto a que tenemos al cabrón donde queríamos y está en esta habitación. O alguien de aquí sabe quién lo hizo. La perspectiva de encontrar a su asesino electrizó a Harris. También se moría por ver a Graham en acción, de nuevo en su mejor forma, haciendo malabarismos con las pruebas como el consumado maestro que era. A por ellos, jefe.

CAPÍTULO 22



"Método", empezó Graham, la única persona de la sala en pie, "motivo", añadió, tachando con los dedos el famoso triunvirato, "y oportunidad. Hemos estado buscando, el sargento Harris y yo, una combinación muy particular de estos tres escurridizos elementos." Harris se sentó cerca de la puerta para evitar cualquier intento desacertado de escapar de aquella angustiosa situación. Estaba a punto de volverse sumamente incómoda para al menos uno de los participantes. "Norah era joven, hermosa", dijo Graham, y luego añadió: "y, no lo neguemos, deseable". Harris observó las reacciones de la sala, tratando de leer los parpadeos de los párpados, los pliegues y despliegues de los miembros, las inclinaciones de la cabeza.

"Se había divorciado recientemente y se encontraba en un estado frágil tras escapar de una relación difícil y a veces traumática". Graham se volvió hacia Tim, cuya expresión era sombría y preocupada. "Como bien sabe el señor Lloyd".

Tim malinterpretó este comentario como una acusación de algún tipo. "Yo no tuve nada que ver con..."

"Retenga ese pensamiento, por el momento, si es tan amable, señor", le dijo Graham. "Me temo que estoy obligado por costumbre a hacer lo que mi antiguo sargento solía llamar mi 'cosa habladora'. Pienso mucho mejor en voz alta. Si me lo permite". No era una petición, pero Lloyd asintió de todos modos.

"Ella estaba en una nueva relación, aparentemente feliz, aunque casual", dijo Graham, provocando otro asentimiento injustificado de Lloyd. "Estaba planeando un viaje, y a todo el mundo con el que hemos hablado que la conocía, parecía en su momento más feliz en años".

Se refirió rápidamente a su cuaderno, más para asegurarse de que no había olvidado nada que para recordarle lo que vendría a continuación. Las pruebas ya se habían presentado en su mente, con casi todas las conexiones bien establecidas. Sólo le quedaba presentar sus conclusiones a los implicados, juzgar sus respuestas, escuchar su defensa y nombrar al asesino.

"Señor Sykes", dijo Graham, alzando la voz para asegurarse de que el anciano le oía. "¿Podría decírnos a todos, una vez más, cómo dio con el conductor que entregó a mi colega, el señor Stevens?"

Sykes se sobresaltó como si despertara de un breve pero profundo sueño. "¿Eh?", preguntó. "Oh, sí... en el búnker, en la calle. Malditamente extraño, me dije, dejar un palo de golf en perfecto estado bajo un pie de arena".

"¿Y cómo llegaste a verlo, enterrado como estaba?" le preguntó Graham.

"Bueno", dijo Sykes, haciendo memoria. "Supongo que sobresalía un poco de la arena. Lo

suficiente para que viera que había algo allí".

Graham dio un paso hacia el antiguo jardinero que vestía un polo verde del club cercano. "¿Tiene la costumbre de patrullar los fairways, en busca de armas homicidas enterradas?"

"¿Cómo dice?" dijo Sykes. En los últimos años, a medida que su sordera se acentuaba, este par de palabras era quizá su respuesta más habitual. Cliff le repitió pacientemente la pregunta.

"Hago el recorrido, como es mi obligación", respondió Sykes a la defensiva. "¿Y qué?"

Harris vio que Graham había decidido ocuparse primero del sospechoso menos probable. Se preguntó por qué, pero sabía que no debía cuestionar los métodos del inspector Graham. "No serías la primera persona", le informó Graham, "que presenta pruebas importantes a la policía para desviar sospechas".

Sykes escuchó atentamente, con la cabeza ladeada. Masticó el comentario de Graham durante un momento. Luego dijo: "Sabe, me siento halagado, joven".

El inspector no se lo esperaba. "¿Halagado, Sr. Sykes?"

El viejo se rió entre dientes. "He estado paseando por la gran tierra de Dios desde que había carteles de Lord Kitchener en las paredes de los pubs de Londres exigiendo que cumpliéramos con nuestro deber y lucháramos contra los alemanes en Flandes", recordó. "He quitado vidas, no me importa admitirlo. Pero eso fue en Corea, cuando yo era aún más joven que usted ahora. Hoy en día no podría golpear una pelota de golf ni a veinte metros. No", se rió de nuevo, "mis días de combate han quedado atrás".

A Harris y a los demás les pareció que Graham había empezado con mal pie, haciendo una acusación frívola contra un hombre que no podía estar implicado en el asesinato de Norah.

"Así es", dijo Graham. "Perdóneme, Sr. Sykes."

Un gesto de su antigua y curtida mano y otra carcajada de alegría hicieron saber a Graham a qué atenerse.

"Espero", opinó oficiosamente Tim Lloyd, "que haya traído algo más concreto que eso".

Harris frunció el ceño, pero Graham respondió a la pregunta con elegancia. "Sólo estoy entrando en calor, señor Lloyd. Quizá", dijo, "podría explicar por qué le desterraron a su habitación la noche en que Norah fue asesinada".

Tim estuvo a punto de levantarse, pero la presencia amenazadora y guardiana de Harris lo detuvo en seco. "¿Por qué? Tim jadeó. "¿Por qué debería hacerlo?"

"Para defenderte. Vamos, Sr. Lloyd. Aquí todos somos adultos. Norah y usted estaban involucrados en una relación física", dijo Graham, eligiendo deliberadamente una frase delicada. "Las expectativas sugerirían que usted y Norah estuvieron juntos la noche en que fue asesinada, pero usted insiste en que Norah le echó el domingo por la noche y usted durmió solo en su habitación. Muy extraño, ¿no le parece?"

Tim se cruzó de brazos. "Estaba enfadada conmigo", explicó. "Dije algunas estupideces. Me arrepentí de ellas y le pedí disculpas, pero me dijo que su ex marido la había hecho sentirse la segunda mejor y que no soportaría volver a sentirse así."

"Sra. Tisbury", dijo Graham. "Usted es nuestra única fuente en estos asuntos. ¿Durmió Tim en su habitación el domingo por la noche?"

Doris permaneció inmóvil, como un carnoso e imperturbable crucero de batalla anclado. "Lo hizo", respondió. "Pero Norah no".

"¿Estás segura?" preguntó Graham.

"Detective inspector -comenzó en un tono que no admitía la menor discusión-, llevo haciendo camas de hotel desde antes de que tus padres se cortejaran. Sabría en un instante si habían dormido en ellas. La suya estaba tal como la dejé esa mañana".

CAPÍTULO 23



Graham dejó que la sala reflexionara. "Seis", dijo finalmente en medio del silencio. "Diecinueve. Veintidós. Veintinueve. ¿Te suena familiar?"

Sykes intervino. "Eso será la lotería, eso será", les dijo. "Necesitáis dos números más".

"Sí, señor Sykes. Treinta y tres y treinta y cinco. Seguro que también había una bola extra, pero Norah no la necesitaba". Giró la cabeza para mirar a Tim. "¿Ah, sí, señor Lloyd?"

Con la cara escarlata y un aspecto tan culpable como el pecado, Tim respondió: "Así es".

"Planeaba celebrar la victoria, ¿verdad?". le preguntó Graham. "Quizá viendo si Cliff tenía una botella de champán detrás de la barra. Probablemente realizando actividades diseñadas para culminar emitiendo los 'sonidos del amor', incluso". Graham miró fijamente a Cliff antes de volverse hacia Tim. "Pero la cagaste, ¿verdad?"

Lloyd dio toda la impresión de querer desvanecerse en un agujero en el suelo. "No fue mi mejor momento".

"Cuéntanos qué pasó", exigió Graham. Estaba visiblemente enfadado con Lloyd, tanto por su engaño como por su descuido al maltratar a Norah en su momento de mayor alegría.

"La presioné", dijo. "He querido montar mi propia empresa. Investigative Reporters for Hire", dijo. "Incluso había elegido un logotipo que me gustaba".

"Por el amor de Dios", se burló Amelia.

"Necesitaba dinero por adelantado, y todo lo que dije fue... bueno, cuando Norah me contó lo del premio de la lotería, le sugerí que podría respaldar la empresa, darme un comienzo sólido".

Graham se pellizcó el puente de la nariz. "Así que, instantes después de que te contaran la buena fortuna de Norah, decidiste intimidarla para que pusiera en marcha tu nueva empresa".

"Como he dicho, no fue mi mejor momento", admitió Lloyd.

"¿Por qué no mencionaste que a la Srta. Travis le había tocado la lotería?"

"Debería haberlo hecho. Pensé que podría implicarme. Pensé que era mejor mantenerme al margen. Lo siento". Tim Lloyd tenía la expresión de un sabueso, malhumorado y avergonzado.

"Eres un imbécil desventurado, Tim", le dijo Graham. "Bastante simpático, pero un maldito desventurado".

Harris se sorprendió, pero entonces Graham preparó el final que Harris y los demás habían estado esperando. "Pero no un asesino".

Amelia se volvió hacia Graham y le suplicó: "Entonces, ¿quién demonios lo hizo?"

"Hay otra prueba que tenemos que considerar", les dijo Graham. Estaba disfrutando con este

papel, tanto con el meticuloso examen de las pruebas como con el espectáculo que exigía un interrogatorio en grupo. "He recibido pruebas de una fuente fidedigna de que Tim y Norah estaban de todo menos peleados el domingo por la noche. ¿No es así, señor Swansbourne?"

Cliff lanzó una mirada insegura, primero a su esposa y luego a Harris. "Bueno, sólo informaba de lo que creía haber oído".

"Naturalmente, señor, eso es todo lo que cualquiera de nosotros puede hacer. Pero, ¿no le parece que los "sonidos de amor" que dijo oír en dirección a las habitaciones de los huéspedes, al otro lado del césped, son, por no decir otra cosa, bastante característicos?"

Se revolvió en su asiento. "Yo diría que sí.

"No es el tipo de cosa que se pueda malinterpretar".

Cliff frunció los labios. "Realmente no sé a dónde quieres llegar".

Graham se detuvo. "Conducir", dijo. "Conducir, sí. Una interesante elección de palabras".

Cliff miró atentamente a Amelia. Por primera vez, Harris vio algo genuinamente notable en la riqueza del lenguaje corporal alrededor de la mesa. Le está tendiendo la mano. Quiere su ayuda. Teme lo que Graham pueda decir a continuación.

"Creo que sabe a dónde quiero llegar, señor. ¿Niega que visitó a Norah en su habitación el domingo por la tarde o a primera hora de la noche?"

Harris se sorprendió una vez más. Aquello era totalmente nuevo. ¿Graham estaba adivinando o jugando a algo más sutil?

"No me acuerdo", empezó Cliff.

"¿Compartió contigo en algún momento la noticia que había sido un shock tan profundo aquella misma mañana, que había gritado de alegre sorpresa?"

Amelia giró la cabeza. "¡Lo sabía! Sabía que no estaba perdiendo la cabeza".

Graham respiró hondo. "Aquí hay alguien que necesitaba dinero incluso más desesperadamente que Tim. Alguien lo bastante simpático y respetado como para sentir que simplemente se le podría dar una parte de las ganancias de Norah por ser un buen tipo. Alguien de quien la policía nunca sospecharía".

CAPÍTULO 24



Todavía confusa, Amelia se volvió hacia su marido. "Cliff, de qué está hablando...", empezó, pero la verdad apareció con una estremecedora y horrible certeza. "Oh, Dios mío." Le agarró la mano mientras él miraba mudamente el mantel. "Cliff, dile que se equivoca. No puede ser..."

"Amelia..." Cliff susurró.

"¡No voy a creerlo! Esa joven encantadora. No pudiste, Cliff..." Las lágrimas emborronaron el maquillaje de los ojos de Amelia. Alrededor de la mesa, a medida que la verdad se hacía evidente, las expresiones de asombro se convirtieron en expresiones de horror al darse cuenta el grupo de que aquel hombre al que apreciaban y respetaban podía ser capaz de algo así.

"Lo siento..." Cliff se las arregló, con la voz entrecortada. "Se me estaba escapando. Mi sueño, mis planes de jubilación". Amelia se llevó las manos a la boca como si reprimiera un grito. "Lo has dicho demasiadas veces, Amelia. 'El año que viene', o 'dentro de un tiempo'. Y yo he trabajado como una maldita esclava para este lugar, años de rutina diaria. No podía soportarlo más, amor".

"Pero..." Amelia tartamudeó, "¿asesinato, Cliff? ¿Por algo tan insignificante como el dinero?"

"Dinero no, fuga. Necesitaba que ella lo compartiera conmigo", explicó Cliff, casi sotto voce. "Sólo lo suficiente para librarnos de este lugar y establecernos allí".

"¿Allá dónde?" Preguntó Sykes. "¿Qué era tan condenadamente importante que tenías que hacer pasar a todo el mundo por todo esto?"

Amelia lo dijo por él. "México. Jubilación bajo el sol. Es lo que siempre ha querido. Y ahora...", dijo antes de detenerse y deshacerse en lágrimas.

Clifford Swansbourne, ya entrado en años, se puso en pie con una lentitud tan dolorosa que el sargento Harris no sintió la necesidad de contenerlo. No había en el hombre la menor chispa de huida o violencia. "He hecho la cosa más terrible", confesó. "Vi lo que le estaba pasando a mi vida, a nuestro sueño. Nos merecemos un poco de consuelo más adelante en la vida, y eso es todo lo que quería. Pero lo hice como si fuera un hombre malvado. Pero no lo soy. Realmente no lo soy".

Amelia no dijo nada, a pesar de los ojos implorantes de Cliff.

"Aquel domingo me encontré con Norah en el pasillo. Bajaba al jardín a leer y estaba tan contenta, tan alegre. Le pregunté cómo le iba y me dijo, susurrando, que le había tocado la lotería. Dijo que lo mantenía en secreto, pero que no podía evitar contárselo a alguien. No dijo cuánto, pero yo sabía que era más de diez libras". Un fantasma de sonrisa jugó en los labios de

Cliff, pero nadie se rió.

"¿Y entonces?" preguntó Graham, escribiendo continuamente.

"Bueno, la felicité, como haría cualquiera", dijo Cliff. "Ella se fue a leer al jardín y yo volví a la cocina, pero la idea no me abandonaba. Con sólo un cinco por ciento, quizá, de sus ganancias nos habría bastado. Suficiente para invertir en una de esas cuentas de alto interés. Podríamos haber vivido de los intereses mientras otra persona se preocupaba de este lugar y nosotros disfrutábamos".

Sykes le miraba como si Cliff fuera el peor de los males imaginables. "El trabajo del diablo", fue todo lo que murmuró.

Cliff siguió adelante. Todos podían ver su necesidad de desahogarse, por doloroso que fuera. Amelia se quedó pálida y estupefacta en su asiento. "Más tarde, en lugar de irme a la cama, fui a la habitación de Norah. Vi salir a Tim y me escondí en el pasillo hasta que se hubo ido. No oí ningún 'sonido de amor'. Más bien de zorros. En fin, me acerqué a la puerta de Norah y me invité a entrar. Parecía un poco colorada, así que supuse que algo había pasado con Tim. De alguna manera encontré las palabras para preguntarle sobre el dinero. No puedo decir que fuera receptiva, yo era prácticamente un extraño para ella. Le conté lo de trabajar todos esos años, incapaz realmente de ahorrar mucho, pero ella se me quedó mirando". Se secó los ojos con la manga. "Entonces dijo algo terrible".

le preguntó Harris. "Continúe, señor.

"Dijo: 'Son los hombres como tú, los aprovechados, los gorriones, los que me ponen enferma'". Eso es lo que dijo. Agitó el billete delante de mí, burlándose".

Ninguno de los demás necesitaba que le dijeran cómo se sentía Cliff, pero él lo explicó de todos modos. "En ese momento, vi que México se me escapaba, alejándose en el horizonte. Sabía que nunca llegaría allí. Sabía que moriría bajo un cielo nublado en algún asilo, y simplemente no podía..."

"Oh, Cliff", gimió finalmente Amelia. No dijo nada más.

"Tengo un conductor de repuesto para ahuyentar a los animales -gatos, zorros- del jardín", explicó Cliff. "No podía dormir, ya sabes, dándole vueltas a las cosas. Preocupándome por el futuro. Y pensando para mis adentros cómo otras personas siempre", dijo, apretando los puños, "siempre tienen suerte".

Graham asentía lentamente. "Estabas enfadado con ella. Enfadado por lo que dijo, por su injusticia y por su buena suerte".

"Me fui, pero no pude quitarme sus palabras de la cabeza. Aún no sé cómo llegó a mis manos el conductor, y no recuerdo haber vuelto a su habitación". Cliff temblaba ahora. "No sé por qué volvió a abrir la puerta a esas horas. Pero..." Empezó a sollozar, el recuerdo de su terrible crimen le abrumaba. "Perdí el control", explicó entre lágrimas. "Nunca en mi vida había hecho algo así. Ni una sola vez". Las lágrimas corrieron por su rostro delineado, y supieron que había terminado.

Graham tenía una pregunta más que quería responder. "Sr. Swansbourne, una vez que terminó, ¿por qué no tomó el boleto como suyo? Usted no debía saber que ella le había contado al Sr. Lloyd sobre su victoria. Dijo que pensaba mantenerlo en secreto".

Cliff no dijo nada, con los ojos bajos. Pero Amelia sabía la respuesta. "Nunca lo habría creído, inspector", explicó. "Cliff tuvo un problema, hace mucho tiempo, con el juego. Entonces me hizo una promesa y nunca la ha roto. No en treinta años. Si hubiera presentado ese billete de lotería como suyo, no habría sido creíble. Habría sabido al instante que pasaba algo".

"¿Como si acabara de asesinar a alguien?" Tim Lloyd dijo amargamente. "Eso demuestra que nunca nos conocemos de verdad". Harris le fulminó con la mirada y Lloyd se calló.

"Usted planeaba una jubilación soleada, señor Swansbourne. Pero ahora", dijo Graham, completando el pensamiento, "pasará sus últimos años entre rejas".

Graham encontró al sargento Harris a su hombro. "Señor", dijo Harris a su jefe, "¿le importaría?". Graham asintió y se movió para permitir que Harris agarrara el brazo de Cliff. No hubo resistencia, no ahora. Con las manos del asesino esposadas a la espalda, Harris no vio razón alguna para demorarse. "Le veré en el coche, señor. Señora Swansbourne, sería mejor", dijo, llevando a Cliff hacia la puerta, "llamar a un abogado".

Graham se puso de pie y trató de disfrutar del momento mientras Harris guiaba a Cliff hasta el coche y lo colocaba en el asiento trasero. Había una satisfacción, el tipo de cierre que uno puede sentir al pagar una hipoteca o terminar una tesis. Pero no había emoción ni ganas de celebrar la victoria. Aunque estaba contento de haber conseguido su objetivo, Graham se sentía, en última instancia, demasiado triste.

EPÍLOGO



Cliff Swansbourne fue condenado a quince años por el homicidio involuntario de Norah Travis. Tendrá más de setenta años antes de que se le conceda la libertad condicional. Sufre depresión y, durante sus visitas mensuales, su esposa Amelia le anima a dar clases particulares a los reclusos más jóvenes en las cocinas de la prisión.

Amelia sigue dirigiendo La Lavanda con la ayuda de Doris Tisbury. Los jardines parecen un poco menos perfectos y Amelia ha anunciado la búsqueda de un cocinero local que le ayude en la cocina para poder atenderlos más a menudo. Amelia no tiene deseos de jubilarse y afirma que trabajará en el bed and breakfast "hasta que me caiga". Tim Lloyd nunca volvió al Lavender Inn.

Jimmy Travis fue finalmente detenido y condenado a dos años por tráfico de drogas. Cumplió seis meses y fue vigilado mediante un brazalete en el tobillo en su puesta en libertad. No ha vuelto a delinquir, pero su agente de libertad condicional le ha advertido de que, si no se enmienda, puede ser objeto de una orden de comportamiento antisocial.

Poco después de la sentencia de Cliff Swansbourne, **Nikki Watkins** se quedó embarazada. Dejó de fumar y cuando dio a luz a una hija sana la llamó Norah.

Al detective **inspector Graham** le ofrecieron y aceptó un puesto que solicitó en Jersey. Jersey es una isla situada frente a la costa del norte de Francia, en el Canal de la Mancha. Cuando el sargento Harris le preguntó sobre la conveniencia de trasladarse a una comunidad somnolienta y aislada, la respuesta de Graham fue recular: "Tengo la sensación de que va a ser perfecto". La oferta llegó en el momento justo para el detective inspector. Recibió la oferta de trabajo el mismo día en que su mujer, Isabelle, solicitaba el divorcio.

El **sargento Harris** lamentó que el inspector Graham abandonara la Met, pero le deseó lo mejor. Harris fue reasignado a la Brigada de Fraudes. Echa de menos la acción del CID, pero atribuye a los horarios regulares el haber ayudado a salvar su matrimonio con Judith.

Fiona obtuvo muy buenos resultados en los exámenes escolares, con las mejores notas en todas las asignaturas, sobre todo en biología, química y matemáticas. Ahora cursa sexto de bachillerato. Su ambición es ir a la universidad para estudiar medicina. Para ello, pasa los veranos haciendo prácticas en los laboratorios de patología de varios hospitales de Londres y alrededores.

Inspirado por su aguda mente y su ambición, el **Dr. Bert Hatfield** se mantuvo en contacto con Fiona y actuó como su mentor. Sigue obsequiando a su ayudante con chistes cuestionables y bebiendo demasiado café. Revelar los secretos de los difuntos le atrae tanto como siempre.



¡Gracias por leer ***El Caso de la Bella Gritona***! Espero que te guste el inspector Graham tanto como a mí. El siguiente libro de la serie del inspector David Graham continúa su historia cuando se traslada a la hermosa isla de Jersey, en el Canal de la Mancha. En cuestión de minutos, se ve envuelto en un caso de asesinato y le corresponde al flamante inspector detective descubrir las pistas y resolver el caso... con la ayuda de su inexperto equipo de colaboradores. ¡Consigue ya tu ejemplar de ***El Caso del Amor Oculto*** en Amazon! ***El Caso del Amor Oculto*** es GRATIS en

Kindle Unlimited.

Para enterarte de nuevos libros, suscríbete a mi boletín: <https://www.alisongolden.com/es>.

Te agradezco enormemente que me ayudes a correr la voz sobre ***El Caso de la Bella Gritona***, incluso contándoselo a un amigo. Las reseñas ayudan a los lectores a encontrar libros. Por favor, deja una reseña en tu página de libros favorita.

Pasa página para ver un extracto del segundo libro de la serie del inspector Graham, ***El Caso del Amor Oculto...***

ALISON GOLDEN

Grace Dagnall

Autora
superventas
de
**USA
Today**



UN MISTERIO DEL INSPECTOR DAVID GRAHAM



El Caso del
**Amor
Oculto**

CAPÍTULO 1



El agente Jim Roach se cercioró de que no le observaban y se tomó un largo momento para evaluar su aspecto en el espejo. Sabía que sólo tendría una oportunidad para causar una primera impresión, y estaba decidido a destacar como un hombre pulcro e íntegro; alguien a quien se pudieran confiar las investigaciones más difíciles, quizá incluso las más peligrosas. El nuevo jefe bien podría ser su ansiado pasaporte al ascenso. Puede que Roach -al pensarlo, se le cortó la respiración- incluso vea un cadáver por primera vez. Por eso valía la pena asegurarse de que su corbata estuviera recta, su uniforme impecable, los botones de la chaqueta relucientes y el pelo en su sitio.

Listo. Perfecto. Roach sonrió conspiradoramente al ver su cara en el espejo y regresó a la pequeña recepción de la comisaría, donde se afanó con inusitada energía. "Shipshape y a la moda de Bristol", murmuró mientras enderezaba las sillas del vestíbulo y luego hojeaba con retraso el calendario de postales de Jersey de agosto a septiembre. Detrás del escritorio, le esperaba un montón de trabajo de archivo que había pospuesto durante semanas, pero que realizó en unos seis minutos en cuanto se lo propuso. Metió una baraja de cartas en un cajón. "Nada de solitario en este turno, agente Roach", se amonestó. "Al nuevo jefe no le gustaría".

Oyó unos pasos familiares que llegaban a la recepción desde el pequeño pasillo que había más allá, donde el "nuevo jefe" tendría su despacho. Le siguió una voz aún más familiar, cuyo acento cockney no había cambiado a pesar de llevar seis años en Jersey.

"Maldita sea, Jim". El hombre se detuvo y se quedó mirando. "¿Estamos intentando ganar un concurso o algo así?".

"¿Qué es eso, amigo?" preguntó Roach desde detrás del mostrador de recepción abatible.

"Nunca había visto este sitio tan ordenado", exclamó el fornido policía. "Esperando compañía, ¿verdad?"

A Barry "Bazza" Barnwell no había nada que le gustara más que molestar a su colega más joven, sobre todo cuando a Roach se le escapaba su deseo de ascender en la policía. Barnwell era mayor que Roach, pero se conformaba con seguir siendo lo que él llamaba un "policía de ronda", mientras que Roach soñaba con los galones de sargento y mucho más. Scotland Yard. CID. Perseguir terroristas, traficantes de drogas y asesinos. Ahí era donde estaba la acción. La comisaría de Gorey, tan poco desafiante como Barnwell, no era más que un trampolín para el agente Roach.

"Nunca está de más dar lo mejor de uno mismo", dijo Roach, mientras seguía ordenando pilas de papeles detrás del escritorio.

"¿En qué estás pensando, eh?" preguntó Barnwell, apoyándose en el escritorio. "Una vez que llegue el Señor Alto y Poderoso, ¿te enviará al maldito SAS o algo así? 'Nuestro hombre en Tánger' dentro de un mes, ¿no?"

"Bazza", contestó Roach con cansancio, sacando brillo al tan maltratado escritorio con un plumero amarillo. "Puede que tú seas feliz en esta isleta, pero yo tengo aspiraciones".

"¿Las tienes, por Dios?" Barnwell se rió entre dientes. "Bueno, yo que tú iría al médico. Parece doloroso. Por no hablar de un peligro probable para usted y los demás".

Roach le ignoró, pero no había mucho más en lo que ocuparse en aquella tranquila mañana de verano. Además, Barnwell se estaba divirtiendo demasiado.

"No estoy seguro de que estés hecho para la policía armada o los antidisturbios", dijo Barnwell. ¿"Capi" como tú? ¿Qué es ahora, un total de cinco detenciones ... Y tres de ellos fueron por evasión de impuestos? "

Esto enfureció a Roach. "Estaba ese idiota en la playa que estaba tratando de hacerle cosas a esa chica. ¿Lo recuerdas? Salvé su honor".

Barnwell se rió al recordarlo. "Oh, sí, fue un trabajo policial de primera clase. Ella sólo estaba allí porque él ya le había pagado cincuenta libras, imbécil. Y él sólo lo intentaba", añadió Barnwell, "porque se había emborrachado en el Lamb and Flag y casi no podía ni".

Salvado por el teléfono. Tenía un timbre anticuado -Roach había insistido-, no uno de esos tonos molestos y poco entusiastas que hacían bip-bip, sino un auténtico tintineo telefónico.

"Policía de Gorey, al habla el agente Roach", dijo, ignorando el descenso de Barnwell hacia el suelo de la recepción en un ataque de sus propias risitas. "Sí, señor", dijo Roach secamente. "Entendido, señor. Esperamos verle entonces, señor". Colgó el auricular.

"Se olvidó de las 'tres bolsas llenas, señor'", dijo Barnwell.

"Recupérate, compañero", anunció Roach con determinación. "Nuestro nuevo señor se acerca".

"¿Quién?" preguntó Barnwell, enderezándose la corbata y mordiendo los restos de su risa.

"El nuevo DI, fulano innombrable. Y si me haces aparecer, que me ayudes"

Roach volvió a convertirse en un torbellino, ajustando cuidadosamente la hora en el gran reloj de pared, uno que parecía llevar un siglo de trabajo constante en la sala de espera de una estación de tren. Luego, para diversión infinita de Barnwell, Roach regó las plantas, incluido el arbusto incongruente pero agradablemente tupido de la esquina, antes de pasar a las oficinas traseras.

El pasillo conducía al nuevo despacho de la inspectora. Lo habían reformado apresuradamente en cuanto les comunicaron el nuevo nombramiento. Roach ya sabía que estaba "en condiciones". También había un segundo despacho ocupado por la sargento Janice Harding. Janice era su superior inmediata, pero dadas las travesuras habituales de los dos agentes, a menudo se sentía más como una niñera o como la señora de la cena de un colegio.

"Sargento, viene en taxi desde el aeropuerto", anunció Roach.

"Oí el teléfono hace cinco minutos, Roach", se quejó el sargento Harding, poniéndose de pie de repente. "¿Por qué has tardado tanto en decírmelo?"

Normalmente inmune a cualquier tipo de alteración, era a la vez único y divertido ver a Janice tan alterada por esta nueva llegada. Roach sospechaba que su interés no se debía tanto a la posibilidad de progresar en su carrera como a la reputación del nuevo inspector de policía como un hombre atractivo y encantador a la antigua usanza. Últimamente no había tenido mucha suerte con los hombres, reconocía Janice, un punto de especial preocupación dada la limitada oferta de solteros elegibles en Jersey. Y, ahora que Harding se acercaba rápidamente a su "gran trío", ya

era hora de que eso cambiara.

Janice se bajó la falda e, ignorando la presencia de Roach en la puerta, se arregló el pelo en el espejo.

"¿Y bien, Roach? La recepción está..."

"En orden y a la moda de Bristol", informó orgulloso el agente Roach. "Y su despacho está tal y como lo pidió".

"¿Y el agente Barnwell?", preguntó. Janice se acercó y susurró: "No habrá estado bebiendo, ¿verdad?".

"No que yo sepa", susurró Jim.

"Bien. Nos vendría bien no tener que lidiar con esas tonterías, precisamente hoy".

Apartó a Roach de su camino y llevó a cabo su propia inspección de la pequeña comisaría. Roach se encogió de hombros mientras Janice encontraba varias cosas que mejorar -enderezó el mapa enmarcado de Jersey de la pared principal y los dos retratos de los anteriores jefes de policía- y luego fue a buscar a Barnwell, que estaba en la trastienda de la comisaría, donde guardaban el equipo y otros artículos que no se necesitaban a diario.

"Recuerda lo que te he dicho", le dijo Roach con toda seriedad. "Profesionalidad y respeto, ¿me oyes?".

"Alto y claro, Roachie", bromeó Barnwell, colgando los uniformes de repuesto en una línea ordenada. "Me aseguraré de que no se empiece con mal pie".

Roach le miró inseguro. "¿De verdad quieres estar aquí cuando llegue? ¿O detrás de tu escritorio, donde debes estar?"

"Estaré donde me toque estar, colega", fue la respuesta inflexible de Barnwell.



Para conseguir tu copia de ***El Caso del Amor Oculto*** visita el enlace que aparece a continuación:

<https://www.alisongolden.com/amor-oculto>



LIBROS DE LA SERIE DEL INSPECTOR DAVID GRAHAM



El Caso de la Bella Gritona

El Caso del Amor Oculto

El Caso del Héroe Caído

El Caso de la Muñeca Rota

SOBRE EL AUTOR



Alison Golden es la autora más vendida del USA Today de los misterios del inspector David Graham, una serie de detectives británicos tradicionales, y de dos series de misterio acogedor protagonizadas por la reverenda Annabelle Dixon y Roxy Reinhardt. Como A. J. Golden, escribe la serie de suspense Diana Hunter.

Alison se crió en Bedfordshire, Inglaterra. Su objetivo es escribir historias que entretengan, diviertan y tranquilicen. Su enfoque consiste en combinar ideas creativas con una escritura excelente y editar, editar y editar. La misión de Alison es sencilla: Escribir libros excelentes que hagan que los lectores pidan más.

Alison vive en la bahía de San Francisco con su marido y sus dos hijos gemelos. Divide su tiempo entre Londres y San Francisco.

Para estar al día de las promociones y las fechas de publicación de los próximos libros, suscríbete a las últimas noticias aquí: <https://www.alisongolden.com/es>

Para más información: www.alisongolden.com/es
alison@alisongolden.com



EL CASO DE LA BELLA GRITONA

UN MISTERIO PARA EL INSPECTOR DAVID GRAHAM



Un encantador bed and breakfast. Un asesinato diabólico. Un huésped con un secreto que ocultar...

El prestigioso Lavender Inn, un bed and breakfast de Chiddlinghurst, Inglaterra, tiene una decoración elegante, unos jardines preciosos... y un problema mortal. Norah Travis, una hermosa joven, ha aparecido asesinada en una de sus habitaciones. El detective inspector Graham, un cruzado de la justicia con predilección por el té y un lado oscuro propio, es asignado al caso. Junto con el sargento Harris en la extensa finca, el dúo se pone manos a la obra para resolver el despiadado crimen.

Pero sin testigos ni móvil, su investigación se ve rápidamente envuelta en una red de mentiras y engaños. Los jocosos propietarios, Amelia y Cliff, parecen no tener nada que ocultar, pero no puede decirse lo mismo de su antiguo huésped, Tim. Luego están el ex marido amargado, el ama de llaves de labios herméticos, un anciano temblón... No faltan sospechosos, pero el instinto de Graham le lleva a investigar el misterioso pasado de Norah. Y pronto sale a la luz un secreto atroz...

Un secreto por el que podría merecer la pena matar.

Los personajes y sucesos descritos en este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es coincidencia y no intención de la autora.

Copyright del texto © 2015 Alison Golden Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación ni transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso expreso por escrito de la editorial.

Ilustración de portada: Richard Eijkenbroek

Publicado por Mesa Verde Publishing
P.O. Box 1002 San Carlos, CA 94070

GRACIAS



Gracias por dedicar tu tiempo a leer ***El Caso de la Bella Gritona***. Si te ha gustado, por favor, díselo a tus amigos o publica una breve reseña. El boca a boca es el mejor amigo de un autor y se agradece mucho.

Muchas gracias,

A handwritten signature in black ink, reading "Alison". The signature is fluid and cursive, with a small mark above the 'i'.